

# PREMIOS

«VIVIR, SENTIR Y CONTAR  
LA DEMOCRACIA:  
ESPAÑA EN LIBERTAD.  
50 AÑOS»



**VIVIR, SENTIR Y  
CONTAR LA  
DEMOCRACIA:  
ESPAÑA EN LIBERTAD.  
50 AÑOS**



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL  
Y DEPORTES

Catálogo de publicaciones del Ministerio: <https://www.libreria.educacion.gob.es/>

Catálogo de publicaciones de la AGE: <https://cpage.mpr.gob.es/>



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL Y DEPORTES  
Secretaría de Estado de Educación

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA  
Subdirección General de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones

Edición 2026  
e-NIPO: 164-26-091-2

# ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN .....</b>	<b>6</b>
<b>MODALIDAD A ESO, FP BÁSICA Y EDUCACIÓN ESPECIAL.....</b>	<b>9</b>
<b>CREACIÓN LITERARIA.....</b>	<b>10</b>
PRIMER PREMIO Violeta Jiménez Enjuto – Colegio San José de la Montaña (Málaga) .....	11
SEGUNDO PREMIO Aurora Montserrat Costa Barriga – Colegio Internacional María Montessori (Málaga) .....	19
<b>ENSAYO E INVESTIGACIÓN .....</b>	<b>22</b>
PRIMER PREMIO Jon Walthon Pastor – Colegio Alfa i Omega (Dénia, Alicante).....	23
SEGUNDO PREMIO Adriano Lacangelo Sanz, Cloé Picchioni, Adriano Tucci Tucci y Blanca Vázquez Bodini – Liceo Español Cervantes (Roma) .....	34
<b>CREACIÓN PLÁSTICA .....</b>	<b>42</b>
PRIMER PREMIO Adriana Díaz Díaz, Hugo Díaz Díaz, Paola Fanega Fernández, Hugo Fernández Carlos y Naima Sevilla Fallos – IES Las Musas (Madrid).....	43
SEGUNDO PREMIO Mohamed Mohamed El Biyani – IES Leopoldo Queipo (Melilla) .....	45
<b>VIDEOJUEGO.....</b>	<b>47</b>
PRIMER PREMIO Elena Ramírez Martín – IES San Fulgencio (Écija, Sevilla) ...	48
SEGUNDO PREMIO Joel Pareja Ruottinen y Álvaro Verdugo Auber – IES Ciudad de los Poetas (Madrid) .....	50
<b>CREACIÓN AUDIOVISUAL .....</b>	<b>52</b>
PRIMER PREMIO Sebastián Alveal Oyarzun, Sebastián del Águila Zumaeta, Michelangelo Mazzaro y Adriana Campolunghi – Liceo Español Cervantes (Roma) .....	53
SEGUNDO PREMIO Berta Sánchez López – IES Padre Juan de Mariana (Talavera de la Reina, Toledo) .....	55

## **MODALIDAD B BACHILLERATO, FP Y EDUCACIÓN DE ADULTOS ..57**

<b>CREACIÓN LITERARIA.....</b>	<b>58</b>
PRIMER PREMIO Ismael Abad Arbués – Colegio Laviaga-Castillo (La Almunia de Doña Godina, Zaragoza) .....	59
SEGUNDO PREMIO Mario Cambres Muñoz – IES Sanje (Alcantarilla, Murcia).....	65
<b>ENSAYO E INVESTIGACIÓN .....</b>	<b>69</b>
PRIMER PREMIO Miguel Ángel Vertedor Alabarce – IES Ben Al Jatib (La Cala del Moral, Málaga) .....	70
SEGUNDO PREMIO (EX AEQUO) Olivia Bouzas Jiménez y Pedro Herranz Sánchez-Valdepeñas – IES Las Musas (Madrid).....	95
SEGUNDO PREMIO (EX AEQUO) Ana Belén Vicente Balsas – CEA Mar Menor (Torre-Pacheco, Murcia).....	121
<b>CREACIÓN PLÁSTICA .....</b>	<b>141</b>
PRIMER PREMIO María Bonfante Cueto, Darío González Bendala y Erika García Ailincái – IES Diego Rodríguez de Estrada (San Juan del Puerto, Huelva) .....	142
SEGUNDO PREMIO Gloria Torres Hidalgo – Colegio San Bartolomé (Málaga) .....	150
<b>VIDEOJUEGO.....</b>	<b>159</b>
PRIMER PREMIO Alba Rodríguez Valdés – IES Ramón y Cajal (Valladolid)...	160
<b>CREACIÓN AUDIOVISUAL .....</b>	<b>162</b>
PRIMER PREMIO David Gómez Díez – IES Ramón y Cajal (Valladolid).....	163
SEGUNDO PREMIO Jara Martínez Gutiérrez y Daniel Villagómez López – IES Miguel Catalán (Coslada, Madrid).....	165

## PRESENTACIÓN

Los premios recogidos en esta publicación responden a una doble finalidad: reconocer el talento, la creatividad y el compromiso del alumnado, y dar visibilidad a aquellas experiencias educativas que contribuyen a fortalecer los valores democráticos en nuestra sociedad. En el marco de la conmemoración de los 50 años de España en libertad, el Concurso Escolar Nacional «Vivir, Sentir y Contar la Democracia» se consolida como un espacio de reflexión, participación y expresión que sitúa al alumnado en el centro del aprendizaje cívico.

Las obras premiadas que se presentan en este volumen son el resultado de un proceso creativo y reflexivo en el que el alumnado ha explorado, desde múltiples perspectivas y formatos, el significado de la democracia, la importancia de los derechos y libertades, y los retos a los que se enfrenta en el presente. Esta diversidad de miradas y lenguajes pone de manifiesto no solo la calidad de los trabajos, sino también el valor de la educación como herramienta de transformación social.

Al igual que en otras iniciativas del Ministerio, esta publicación tiene como objetivo reunir y difundir ejemplos significativos que puedan servir de referencia para la comunidad educativa, mostrando prácticas que fomentan el pensamiento crítico, la participación activa y el compromiso con los valores democráticos.

En esta edición, los premios se han organizado en dos modalidades principales, en función de las enseñanzas del alumnado participante:

Modalidad A: Educación Secundaria Obligatoria, Formación Profesional de Grado Básico y Educación Especial

Se han concedido los siguientes premios:

- Creación literaria
  - Primer Premio: Violeta Jiménez Enjuto – Colegio San José de la Montaña (Málaga)
  - Segundo Premio: Aurora Montserrat Costa Barriga – Colegio Internacional María Montessori (Málaga)

- Ensayo e investigación
  - Primer Premio: Jon Walthon Pastor – Colegio Alfa i Omega (Dénia, Alicante)
  - Segundo Premio: Adriano Lacangelo Sanz, Cloé Picchioni, Adriano Tucci Tucci y Blanca Vázquez Bodini – Liceo Español Cervantes (Roma)
- Creación plástica
  - Primer Premio: Adriana Díaz Díaz, Hugo Díaz Díaz, Paola Fanega Fernández, Hugo Fernández Carlos y Naima Sevilla Fallos – IES Las Musas (Madrid)
  - Segundo Premio: Mohamed Mohamed El Biyani – IES Leopoldo Queipo (Melilla)
- Videojuego
  - Primer Premio: Elena Ramírez Martín – IES San Fulgencio (Écija, Sevilla)
  - Segundo Premio: Joel Pareja Ruottinen y Álvaro Verdugo Auber – IES Ciudad de los Poetas (Madrid)
- Creación audiovisual
  - Primer Premio: Sebastián Alveal Oyarzun, Sebastián del Águila Zumaeta, Michelangelo Mazzaro y Adriana Campolunghi – Liceo Español Cervantes (Roma)
  - Segundo Premio: Berta Sánchez López – IES Padre Juan de Mariana (Talavera de la Reina, Toledo)

Modalidad B: Bachillerato, Formación Profesional y Educación de personas adultas

Los trabajos premiados en esta modalidad han sido:

- Creación literaria
  - Primer Premio: Ismael Abad Arbués – Colegio Laviaga-Castillo (La Almunia de Doña Godina, Zaragoza)
  - Segundo Premio: Mario Cambres Muñoz – IES Sanje (Alcantarilla, Murcia)
- Ensayo e investigación
  - Primer Premio: Miguel Ángel Vertedor Alabarce – IES Ben Al Jatib (La Cala del Moral, Málaga)

- Segundo Premio (ex aequo): Olivia Bouzas Jiménez y Pedro Herranz Sánchez-Valdepeñas – IES Las Musas (Madrid)
- Segundo Premio (ex aequo): Ana Belén Vicente Balsas – CEA Mar Menor (Torre-Pacheco, Murcia)
- Creación plástica
  - Primer Premio: Eva María Bonfante Cueto, Darío González Bendala y Erika García Ailincái – IES Diego Rodríguez de Estrada (San Juan del Puerto, Huelva)
  - Segundo Premio: Gloria Torres Hidalgo – Colegio San Bartolomé (Málaga)
- Videojuego
  - Primer Premio: Alba Rodríguez Valdés – IES Ramón y Cajal (Valladolid)
  - Segundo Premio: Desierto
- Creación audiovisual
  - Primer Premio: David Gómez Díez – IES Ramón y Cajal (Valladolid)
  - Segundo Premio: Jara Martínez Gutiérrez y Daniel Villagómez López – IES Miguel Catalán (Coslada, Madrid)

Los trabajos recogidos en este volumen constituyen un testimonio del compromiso de una generación que comprende la democracia como un proyecto compartido, abierto y en constante construcción. A través de sus creaciones, el alumnado no solo expresa su visión del mundo, sino que también contribuye a fortalecer una cultura democrática basada en el respeto, la participación y la garantía de los derechos fundamentales.

Con esta publicación, el Ministerio de Educación, Formación Profesional y Deportes reafirma su compromiso con una educación que impulsa el pensamiento crítico, promueve la convivencia y contribuye a la consolidación de una ciudadanía libre, responsable y plenamente consciente de su papel en la sociedad.

**MODALIDAD A**  
**ESO, FP Básica y**  
**Educación Especial**

# CREACIÓN LITERARIA

# PRIMER PREMIO

Violeta Jiménez Enjuto

Colegio San José de la Montaña (Málaga)

## Cuando el recuerdo es lo único que queda

Lo sabíamos. Se sentía en el aire: denso, inmóvil. La calma antes de la tormenta. Estábamos acostados, conteniendo la respiración. No pasaba nada... al menos, nada que pudiera verse, pero se sentía.

La sensación llenaba cada rincón, me recorría el cuerpo como un escalofrío persistente y cuanto más intentaba ignorarla, más fuerte se hacía. Como una sombra que no dejaba de seguirme.

Desde hacía ya algún tiempo, las noches eran distintas y desde mi rincón, escuchaba a mis padres hablar en susurros cargados de miedo. No entendía lo que decían, pero bastaba con oír el tono en su voz para saber que las cosas no iban bien.

Rezaba en silencio suplicando que esa tensión no estallara hoy, que mis malos presentimientos no fueran ciertos y que si cerraba los ojos con fuerza todo volvería a estar bien.

Pero no. Apenas había logrado conciliar el sueño cuando mi madre me despertó. Iba a hablar, aún somnolienta, pero su mano temblorosa tapó mi boca. Me hizo un gesto de silencio. Asentí, aturdida, y la seguí.

Papá no estaba. Juan tampoco. Sus chaquetas seguían colgadas, pero no había rastro de ellos. Mi madre no dijo nada. Solo me apretó la mano con fuerza, como si el simple hecho de sostenerla evitara que pasara algo horrible. Nos fuimos. A oscuras. Sin maletas. Sin despedidas. No entendía nada. Todo estaba borroso, sin sentido. Seguí los pasos acelerados de mi madre. No sabía a dónde íbamos y habría jurado que ella tampoco. Decidí no preguntar, solo caminar.

Después de lo que pareció una eternidad, mi madre se paró mirando a los alrededores de forma paranoica. Yo seguía aturdida, sin entender qué pasaba. ¿Dónde estaban papá y Juan? ¿Por qué no estaban con nosotras? ¿Estarían bien? Esas preguntas se me venían a la cabeza una y otra vez. No entendía nada, pero sabía que algo andaba mal.

Caminamos durante mucho rato, pisando con cuidado para no hacer ruido. Las calles estaban muertas, el silencio nos carcomía creando un ambiente cargado y tenso, teniendo la sensación de que cualquier movimiento en falso podría ser fatal. Solo se oía el viento, un suave silbido que parecía burlarse de nosotras entre las esquinas. En un momento, mi madre se detuvo en seco. Se agachó de golpe y me arrastró con ella detrás de unos matorrales. Me abrazó con fuerza, mientras me tapaba la boca con un miedo que jamás había visto y mucho menos en ella, lo hacía de tal manera que parecía como si pudiera esconderme dentro de su cuerpo.

No entendía nada hasta que vi a lo lejos una luz que se acercaba lentamente: alguien patrullaba con un farol. Contuve la respiración imitando los movimientos de mamá inconscientemente. La luz se hizo más intensa, pasó frente a nosotras. Sentí como mi madre me apretaba más contra su pecho, cómo las lágrimas caían silenciosamente en mi camiseta y ya no sabía si eran suyas o mías. Después de un rato que me pareció eterno, poco a poco, aquella luz se alejó y desapareció entre la niebla.

Mi madre no se levantó enseguida. Respiraba rápido, en silencio, asustada mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. En ese momento entendí que lo que habíamos dejado atrás no iba a volver. Ni la casa. Ni papá. Ni mi hermano. Nada.

Seguimos andando, más despacio ahora. Mi madre miraba hacia todos lados, como si alguien pudiera saltar de las sombras en cualquier momento. Finalmente, se detuvo frente a una puerta de madera. Golpeó tres veces, muy suave, tanto que casi ni noté que lo hizo. Esperamos. La casa parecía vacía, pero al cabo de unos segundos alguien descorrió el cerrojo. Era una mujer mayor, con cara pálida, como si hubiera visto un fantasma, sus manos manchadas de harina. Nos miró sin decir palabra. Mi madre bajó la cabeza. No sé si se conocían, pero bastó una mirada para que la anciana se hiciera a un lado y nos dejara entrar.

Dentro hacía calor y olía a pan recién hecho. A pesar de todo, no me sentí a salvo. Ese lugar también tenía miedo pegado a las paredes. La mujer cerró la puerta deprisa, echando varios cerrojos. Nos condujo

por un pasillo oscuro hasta una habitación casi vacía. Un colchón en el suelo, una manta doblada y una silla vieja era todo lo que había.

La anciana nos dejó allí sin decir palabra. Mi madre se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Ya no lloraba, solo respiraba con dificultad, ese tipo de respiración que no calma nada, que solo duele por dentro. Me acurruqué a su lado. El suelo estaba frío, pero su cuerpo aún guardaba algo de calor.

Pasamos la noche sin dormir. Fuera el viento sonaba suave pero el silencio de la noche hacía que ese sonido fuera escalofriante. Cada pequeño ruido era una amenaza, un pequeño pero fuerte recordatorio de que no estamos ni estaremos seguras.

Al amanecer, la claridad se filtró por una rendija de la ventana. La señora anciana vino dejándonos un trozo de pan que agradecemos. Esta mujer miró a mi madre, una mirada que solo indica malas noticias. Mamá me miró, me dio el trozo de pan seguido de un beso en la frente, no era como los que solía dar, era más frío... Aun así lo agradecí, fue un poco de paz en medio del caos. Mi madre en pasos lentos caminó hacia la anciana, temerosa de las palabras que podía soltar, pero sabiendo que no escucharlas solo empeoraría la situación.

La mujer de avanzada edad empezó a hablar en susurros apenas audibles, pero la expresión de mi madre lo decía todo. Algo iba mal. Muy mal.

Su rostro perdió el color de golpe. Sus ojos se abrieron con una mezcla de pánico y resignación, y por un momento pareció que sus piernas no iban a sostenerla. Se aferró al marco de la puerta como si necesitara sujetarse a algo para no derrumbarse por completo. El susurro de la anciana terminó, y el silencio que siguió fue aún más ensordecedor.

Mi madre regresó a la habitación. Se acercó a mí sin pronunciar una sola palabra. No me miraba. Mantenía la vista fija en algún punto inexistente, como si se hubiera quedado atrapada en un recuerdo o en un pensamiento del que no podía escapar.

Yo no entendía, pero lo sentía. La atmósfera se volvió aún más densa. Algo le había pasado a Juan.

La confirmación llegó sin necesidad de palabras. Mi madre se sentó a mi lado, hundiendo las manos en el regazo, con la espalda encorvada por el peso de la noticia.

Los nacionales lo habían atrapado. Lo habían pillado en alguna redada nocturna, en algún control. Tal vez alguien lo delató. Tal vez simplemente tuvo mala suerte. Iba con otros chicos. Intentaron huir. No todos lo lograron y mi hermano fue uno de ellos, uno de los tantos que serán ejecutados. Ahora estaba retenido. En algún lugar frío, sucio, desconocido. Posiblemente solo. Posiblemente con miedo.

No había justicia. No habría juicio. No habría defensa. Todos sabíamos lo que significaba caer en sus manos: humillación, golpes, silencio... o algo más definitivo.

El corazón me latía con fuerza, pero el resto del cuerpo se me había dormido. Una parte de mí quería gritar, correr, salir a buscarlo. La otra, la que ya entendía cómo funcionaba ese nuevo mundo roto, solo podía quedarse sentada, mirando la pared, esperando lo inevitable.

La anciana nos dejó solas. El pan seguía sobre la manta. Intacto. Ya no importaba.

Ese día no hablamos. No comimos. No dormimos. Solo existimos, como se sobrevive a las tormentas cuando ya lo has perdido todo, o casi todo. Y sabes que lo peor aún no ha llegado. En un momento de la noche perdí la consciencia. A la mañana siguiente mi madre no estaba a mi lado, solo había una nota que decía que no podía quedarse sin hacer nada.

Una hora. Un día. Una semana. No sabía nada de mi madre y no creía que lo fuera a hacer de nuevo... Una noche mientras dormía unos hombres entraron a esa pequeña casa que me había refugiado, se llevaron a la buena aunque distante mujer que me había cuidado no sin antes haberle pegado una paliza. Ella no opuso resistencia, pero aquellos hombres con su terrorífica sonrisa la tumbaron y le pegaron patadas hasta dejarla inconsciente. Yo estaba en una esquina de la

habitación asustada, paralizada, aterrorizada. Aquellos hombres al verme me cogieron fuerte del brazo arrastrándome a un coche negro.

Tras unas largas horas de trayecto entramos a través de unas grandes puertas que desembocaban en una gran casa, casi como una mansión aunque apagada, oscura.

El conductor apagó el motor. Una mujer de cara seria se acercó y tras susurrarle algo, ambos se giraron a mirarme.

Me hicieron bajar del coche y aunque asustada, no protesté, sabiendo que las consecuencias podrían ser peores. Miré a la mujer y, ella, sin decir una palabra, asintió con la cabeza mirando fijamente al conductor y acto seguido, él se subió al coche y arrancó. No sabía qué pasaba, ni qué pasaría. Solo tenía claro que las cosas iban a cambiar mucho.

La puerta se cerró detrás de mí con un golpe seco, como un punto final. El edificio olía a humedad, a lejía, a viejo. Y hacía frío. No solo en las paredes, sino en el ambiente. Un frío que no tiene que ver con la temperatura, sino con la forma en que me miraban las demás niñas al pasar.

Me hicieron seguir a la mujer por un pasillo largo y sus pasos resonaban en las baldosas como un reloj que no se detiene. No se giró, no me habló. Solo esperaba que la siguiera. Yo obedecí. Me costaba no mirar atrás.

Llegamos a una habitación pequeña. Una cama de hierro, una manta gris, una silla. Nada más. La mujer señaló la cama y luego me entregó una especie de uniforme. Áspero, con olor a jabón fuerte y a polvo. Me quedé mirando sin saber qué hacer y al levantar la vista comprobé que ella ya se había ido. La puerta se cerró tras ella. «Estoy sola».

Me cambié despacio, sintiendo cómo, con cada prenda, dejaba atrás lo poco que me quedaba de lo anterior. La ropa que llevaba, que aún conservaba el olor de mi madre, quedó arrugada sobre la silla. Me senté en la cama y lloré.

En algún momento sonó una campana. Fuerte. Seca. Como un disparo. A los pocos segundos, escuché pasos apresurados, puertas

abriéndose, murmullos que se apagan al instante. No sabía qué hacer, pero el miedo me empujó. Salí de la habitación y seguí a las demás.

En el comedor se sucedían las filas de niñas. Todas con el mismo uniforme, la misma cara de cansancio, los mismos ojos apagados. Algunas parecían mayores. Todas calladas. Nadie me hablaba. Nadie me sonreía. Me senté donde pude, imitando lo que hacían las otras.

Ese primer día parecía que no terminaría nunca. Ni el segundo. Ni el tercero. Pero pronto empecé a perder la cuenta.

«Aquí no se llora. Aquí no se pregunta. Aquí se reza, se calla, se obedece». Decían.

Pasaron los años muy lentamente, cada día era un reflejo de mi soledad. Salí del orfanato con dieciocho, pero la niña que llegó allí nunca logró salir. Me dejaron marchar con una muda de ropa, una pequeña Biblia, y una advertencia que se me quedó grabada para siempre: «Callar es sobrevivir». Y eso hice. Callé. Sobreviví.

Nunca supe qué fue de mi madre. Una monja dijo una vez que «Dios se la había llevado». Nadie preguntaba por los que desaparecían. Nadie se atrevía. Juan tampoco volvió, ni papá. A veces creía verlo en alguna esquina, en el reflejo de una ventana o en la sonrisa de un desconocido. Pero siempre era el viento jugando con mis heridas aún frescas, por más que pasara el tiempo nunca curaban, siempre se sentían igual que al principio. El mundo seguía, como si nada hubiera pasado.

Pasaron años, largos años de silencio y tortura en silencio, hasta que la dictadura se acabó. Y escuché en la radio que estaban abriendo fosas comunes. Lugares donde habían enterrado sin nombre a los que intentaron vivir con dignidad, los que pensaban diferente o no eran iguales al resto.

Un día, dijeron que en un pueblo cercano habían encontrado varios cuerpos. Algo dentro de mí, no sé si el dolor o la necesidad me empujó a ir.

Había gente llorando. En una de las mesas colocaron unos restos envueltos en una manta. Alguien murmuró que habían hallado algo en el bolsillo de una chaqueta antigua. Me acerqué.

Era un pañuelo. Viejo, manchado de tierra y óxido, pero aún reconocible. Tenía mi nombre, bordado con hilo azul. Lo recordé. Lo hice una tarde de verano, antes de que todo se rompiera. «Para que pienses en mí cuando estés lejos», le dije a papá al dárselo. Él sonrió y lo guardó con cuidado en el bolsillo de su pantalón.

Lo había llevado hasta el final. No pude sostenerme. Caí de rodillas, y por primera vez en décadas, lloré. No solo por papá, ni por mamá, ni por Juan. También lloré por mí. Por la niña que fui. Por todo lo que nos robaron.

El silencio ya no dolía. Era memoria. La guerra mató a mi familia. Pero fue la dictadura la que me mató a mí, poco a poco, cada día donde me enseñaron a fingir que nada importaba, que lo correcto era estar callada, que debía olvidar. Pero sigo recordando, aunque duela.

Porque recordar es la única forma que tengo de mantenerlos con vida. Y eso, nunca me lo podrán arrebatar.

# **SEGUNDO PREMIO**

Aurora Montserrat Costa Barriga

Colegio Internacional María Montessori (Málaga)

## Vivir, sentir y contar la Democracia: España en libertad. 50 años

No nació de un estruendo, sino de un susurro,  
un gesto entre contrarias formas de pensar  
que hallaron en la palabra  
una casa común, abierta, imperfecta, luminosa.  
Así comenzó a latir España libre,  
como quien aprende a caminar sabiendo que caerá,  
pero también que se pondrá en pie.

No hubo único héroe, sino manos diversas,  
firmes y también temblorosas, que tejieron el cambio.  
Desde la corona real que habló al porvenir,  
hasta el eco de voces en plazas y aulas,  
en diarios, en votos, en cuerpos que reclamaron  
memoria, justicia, autonomía, igualdad.

Cada turno de gobierno fue un espejo distinto:  
el azul, el rojo, el centro, los verdes, los nuevos.  
No hubo perfección, pero sí intento.  
Hubo caídas, pero también memoria que aprende,  
y leyes que nacieron del desacuerdo  
como flores en invierno: lentas, persistentes.

Hubo herida, sí. A veces no sanada.  
Pero también hubo canto: la lengua plural,  
la mujer que vota, el joven que habla,  
el migrante que se siente parte,  
el poeta que dice «nosotros» sin miedo.

España se contó en libros, en arte, en cine,  
en deporte, pero sobre todo en su gente:

tierra anfitriona del turista, la que elige,  
la que protesta, la que construye.  
No hay democracia perfecta, sólo aquella  
que sigue haciéndose, a veces frágil,  
pero siempre viva.

Cincuenta años no son pasado,  
sino semilla del mañana.  
Hoy la democracia no es un logro,  
es una promesa que se cultiva  
con cada palabra libre, con cada mano tendida,  
con cada corazón dispuesto a escuchar  
en el andar de la calidad democrática.

# ENSAYO E INVESTIGACIÓN

# PRIMER PREMIO

Jon Walthon Pastor

Colegio Alfa i Omega (Dénia, Alicante)

## VIVIR, SENTIR Y CONTAR LA DEMOCRACIA. ESPAÑA EN LIBERTAD. 50 AÑOS

En 2025, España celebra medio siglo desde el comienzo de la Transición hacia la democracia. Para muchos, este aniversario es una fecha simbólica; para otros, como mi familia, es memoria viva.

A través de las historias de mi bisabuelo, mi abuelo, mi madre y un amigo de la familia que retrató la Transición, he podido comprender qué significa realmente vivir, sentir y contar la democracia.

Hoy, yo tengo 15 años, y en medio de redes sociales y memes políticos, me pregunto: ¿qué significa vivir en democracia?

Para encontrar respuestas, he investigado no solo libros de historia, sino también los recuerdos vivos de mi familia. Esta es nuestra historia, y también la de mi país: España.

### DE BLANCO Y NEGRO A COLOR

En uno de los estantes que tenemos en casa, hay un tesoro que no está en los libros de texto: el catálogo de la exposición de fotografías de Manuel López (con prólogo de Felipe González) amigo de la familia y testigo gráfico de la Transición. En sus imágenes se ve la emoción de las primeras manifestaciones, las pancartas pidiendo libertad, los abrazos entre desconocidos que sabían que algo grande estaba cambiando y la imagen de Tejero con la pistola en la mano en el congreso de los diputados el 23 de febrero de 1981.



«Era como si todos estuviéramos aprendiendo a respirar de nuevo», decía Manuel. Sus fotos muestran

el paso de una España en blanco y negro a una en color. Pero no solo en el papel fotográfico, también en las ideas, en la ropa, en las calles, en las mentes.

### **MI MADRE, LOS PRIMEROS AÑOS DE LIBERTAD:**

Mi madre nació en 1975. Me cuenta que, aunque era muy pequeña, en casa se hablaba de elecciones, se comentaban historias sobre los años de la dictadura que ella escuchaba con atención y formaba una ideología en su mente.

Las noticias hablaban de atentados, de reformas, de nuevas leyes y nuevas caras salían en la 1 de Televisión Española con concursos de entretenimiento que no tenían maldad en sí.

Me contó que en su escuela, por primera vez, entró una profesora que hablaba valenciano. «Antes, eso estaba prohibido», me explicó. Hoy, yo puedo hablar dos lenguas sin pensar que eso es raro. Eso también es democracia.

Entre 1983 y 1987, mi bisabuelo Jaime Sendra Timoner, fue alcalde de Dénia. Fue el primer alcalde socialista de la ciudad y un hombre que tuvo que ir a la guerra y se relacionó con algunos artistas de la generación del 27 entre trincheras.

Era serio, de esos que no necesitaban levantar la voz para que lo escucharan. En todos sus documentos, que aún conservamos, se puede leer de su puño y letra la firma de decisiones que afectaban a muchas personas: apertura de hospitales, centros de salud, colegios... mejora de la oferta cultural, colaboración con asociaciones vecinales. Nuestra familia está orgullosa de este legado y porque hasta que mi bisabuelo falleció, luchó por los derechos y libertades.

«Era un reto y una responsabilidad», escribió en una carta. Muchos ayuntamientos no sabían muy bien cómo funcionar, pero lo hacían con una idea clara: servir a la gente. Para mí, eso también es política, aunque hoy muchas veces parezca lo contrario.



Hablar de libertad religiosa en España es hablar de mi abuelo Jorge Juan Pastor Mut. Es pastor protestante y vivió en carne propia lo que significaba practicar una fe minoritaria durante el franquismo. «Ser evangélico entonces no era sinónimo de ser español», me contó en la entrevista que le hice\*.

Con la llegada de la democracia, su vida cambió. Pudieron abrir templos, celebrar cultos en libertad, e incluso enterrar a los suyos en el cementerio municipal. Escucharle hablar en la entrevista me ayudó a entender que muchas libertades que yo doy por hechas hoy, como hablar abiertamente de lo que creo o no creo, han sido fruto de muchas negociaciones. Y que detrás de esos acuerdos hay personas como él, que creyeron antes de que fuera fácil hacerlo.



Con la democracia llegó la libertad religiosa, y con ella, el respeto.

Hoy, aunque haya diferencias y aún quede camino, nadie puede obligarte a creer o dejar de creer. Esa conquista invisible es uno de los pilares más importantes de estos 50 años para nuestra familia.

Mi bisabuelo creyó en el servicio público. Mi abuelo, en la fuerza de la fe. Mi madre apostó por la educación como motor de cambio. Yo creo en la posibilidad de construir algo mejor. No somos tan distintos.

Los cuatro hemos vivido parte de esta democracia, aunque en mundos diferentes. Y todos compartimos una verdad: la libertad no se hereda, se defiende.

La democracia española cumple 50 años y queremos que cumpla muchos más. Por eso es tan importante escuchar a quienes lucharon por lo que hoy tenemos y contar a los que están y vendrán por un futuro en libertad.

\*Sobre la democracia en España desde la vivencia de un pastor protestante.

## ENTREVISTA A JORGE JUAN PASTOR MUT POR JON WALTHON PASTOR-

### 1. Jorge Juan Pastor Mut (iaio), naciste en 1949 en una familia protestante española. ¿Cómo era crecer en una España donde ser evangélico no era precisamente común?

Tomé conciencia muy temprano de que nuestra situación familiar era diferente. Mi padre era pastor protestante español, y eso nos ponía en una posición muy visible dentro de una minoría religiosa marginada. En nuestra casa se vivían profundamente la fe y los valores cristianos, pero también sufríamos de manera muy directa las consecuencias del nacional catolicismo que imperaba durante el régimen de Franco. En aquella España, ser católico no era solo una opción religiosa, era una condición prácticamente inseparable de la identidad nacional. Para ser un buen español, había que ser católico.

Como protestantes y españoles, vivíamos constantemente situaciones de discriminación. Nuestros locales de culto eran

precintados por las autoridades, y el culto público estaba prohibido, las reuniones semanales eran clandestinas. Incluso para estudiar una carrera universitaria, se tenía que firmar un documento de que se era católico.

Viví de cerca muchas situaciones de acoso y persecución, no solo hacia mi familia, sino hacia miembros de la comunidad. Mi padre, además de pastor, era un defensor incansable de la libertad religiosa y los derechos humanos, pues había sido funcionario del Ministerio de Justicia. Recuerdo que dedicaba gran parte de su tiempo a interceder por soldados protestantes que eran obligados en el servicio militar a participar en ritos católicos. Por ejemplo, se les forzaba a arrodillarse durante la consagración de la hostia, algo que nuestra doctrina no se practica, ya que no adoramos la eucaristía ni las imágenes. Quienes se negaban, eran arrestados, y mi padre viajaba de ciudad en ciudad hablando con las autoridades, y haciendo recursos, intentando conseguir su liberación.

Vivimos en Figueres, Sabadell y finalmente en Dénia, donde mis padres regresaron para pastorear la Iglesia Evangélica Bautista fundada por mis abuelos en 1914. En cada ciudad experimentamos distintas formas de rechazo y presión social. No era fácil ser protestante en una España mayoritariamente católica, y en muchos momentos nos sentíamos ciudadanos de segunda categoría.

## **2. ¿Notaste en el colegio o entre otros niños que eras diferente por tu religión?**

Sí, y desde muy pequeño. En el colegio, me pedían que rezara oraciones católicas como el «Ave María» con expresiones que no eran parte de nuestra tradición. Cuando preguntaba en casa, mis padres me explicaban pacientemente las diferencias entre nuestra fe y la que se practicaba oficialmente en el país.

En Dénia tuve experiencias más duras. Recuerdo que un maestro me obligó a asistir a misa, algo que me produjo un gran trauma. Fue una imposición que no entendía y que atentaba contra mis creencias más íntimas. Mis compañeros de clase también se burlaban de mí por ser protestante. Me llamaban «sectario», una palabra que, entonces como ahora, se usaba con desprecio hacia quienes no formaban

parte de la Iglesia católica. Además, el hecho de no hacer la primera comunión como los demás niños me hizo sentir aún más fuera de lugar. Fue una etapa complicada, en la que tuve que aprender a ser firme en mis convicciones a pesar del rechazo.

### **3. Con 18 años entraste al seminario. ¿Qué te llevó a tomar esa decisión tan joven?**

Mi intención inicial era estudiar Derecho. Me preparaba para ingresar a la universidad. Sin embargo, el verano anterior, durante unos campamentos cristianos para jóvenes en la Residencia Bautista de Dénia, sentí fuertemente el llamamiento de Dios a dedicar mi vida al ministerio pastoral. Intenté resistirme, dudé, reflexioné durante todo un año. Hablé mucho con mis padres, que fueron un gran apoyo. Al final, decidí dejar de lado mi plan universitario y seguir lo que sentí como una vocación clara.

Así ingresé en el Seminario Teológico Bautista de España, que entonces teníamos en Barcelona. Era un seminario clandestino, porque en esa época los estudios de teología protestante no estaban homologados ni reconocidos por el Estado español. Aun así, la formación que recibimos fue rigurosa y muy comprometida. Afortunadamente, hoy en día la Facultad de Teología Protestante de España es plenamente legal y reconocida.

### **4. Luego marchaste a Londres a aprender inglés. ¿Cómo fue esa experiencia? ¿Percibiste allí una libertad que en España aún no se vivía?**

Absolutamente. Fue el verano de 1969. Llegué a Londres sin saber inglés, acogido por una familia. Ese mismo día fuimos a pasear por la ciudad, y todavía conservo la postal que les mandé a mis padres. Les escribí que allí se respiraba libertad.

Recuerdo especialmente Hyde Park, donde vi a personas de distintos orígenes, religiones y opiniones expresar libremente sus ideas en público, con total respeto, incluso bajo la mirada de la policía. Pero esa policía no estaba allí para reprimir, sino para garantizar que todos pudieran ejercer sus derechos. Para mí, eso fue impresionante. En España, cualquier manifestación podía acabar con detenciones.

Otra imagen que me marcó fue la de los pájaros en el parque, que comían de la mano de la gente. En España, los atrapábamos con trampas para comérmolos. Todo eso me hizo ver cuán distinta podía ser una sociedad que valoraba la libertad, la dignidad humana y la convivencia. Durante los dos meses que pasé en Reino Unido, confirmé que mi fe podía vivirse de forma libre y respetada, algo que anhelaba para España.

### **5. Durante la dictadura, realizabas programas de radio. ¿Cómo era comunicar el mensaje evangélico en esos años? ¿Había censura o límites?**

Había una censura muy estricta. Los programas que producíamos en la Unión Evangélica Bautista de España se grababan en un estudio clandestino, sin autorización oficial. Yo mismo redactaba los guiones, los grababa con mi voz y técnicamente los editaba. Luego los enviábamos por correo a Radio Trans Mundial en Monte Carlo, desde donde se emitían en onda corta hacia España. Era la única forma de difundir el mensaje evangélico sin pasar por la censura española.

Con la promulgación de la Ley de Libertad Religiosa en 1967, se abrió un pequeño resquicio de tolerancia.

Empezamos a comprar espacios como si fueran publicidad en emisoras locales, desde Vigo hasta Granada, desde Dénia hasta Manresa. Pero incluso entonces, cada guion tenía que ser aprobado por el Gobernador Civil de la provincia correspondiente. Si no tenía su sello, no se podía emitir. Así que sí, había censura, pero también ingenio, perseverancia y mucho compromiso para seguir comunicando el mensaje de esperanza del evangelio.

### **6. En 1975, con 25 años, muere Franco. ¿Cómo viviste ese momento?**

Fue un momento muy significativo. Había vivido toda mi vida bajo la dictadura, sufriendo la represión tanto religiosa como política. La muerte de Franco trajo un aire de esperanza, aunque también de incertidumbre. No sabíamos qué camino tomaría el país.

Por suerte, la transición fue conducida por políticos que supieron dialogar. Las minorías religiosas, entre ellas los protestantes, fuimos incluidas en los acuerdos con el Estado. Aunque los avances no fueron plenos ni automáticos, lo cierto es que dejamos atrás una época oscura. Fue una bocanada de aire fresco. Después de años en las catacumbas, empezábamos a ver la luz.

### **7. En 1979 fundas un colegio evangélico. ¿Qué te impulsó a dar ese paso?**

Desde la Guerra Civil, mis padres ya practicaban lo que hoy se llama «home schooling», aunque en España aún no es legal. Enseñaban a los niños de la iglesia en casa, porque entonces era muy difícil que los protestantes accedieran a una educación sin discriminación.

En 1978 fui nombrado director de la Residencia Bautista en Dénia. El espacio era amplio, y vi la oportunidad de ofrecer un servicio educativo en la ciudad. Así nació en 1979 la guardería «Montgó», que con los años creció hasta convertirse en un colegio con educación primaria y secundaria con el nombre de Alfa & Omega. Siempre desde una base cristiana, pero sin hacer proselitismo. Hoy, 45 años después, es un centro consolidado que ha servido a la sociedad de Dénia y la Comarca de la Marina Alta, desde los valores del respeto, la convivencia y un gran rigor académico.

### **8. ¿Qué pensaste el 23 de febrero de 1981 durante el intento de golpe de Estado? ¿Temiste que la libertad religiosa pudiera desaparecer?**

Sí, lo temí profundamente. Viví ese día con angustia, viendo en directo lo que sucedía en el Congreso. Le dije a mi esposa y a mi hija, que si el golpe triunfaba, nos marcharíamos del país y pediríamos asilo en otro lugar. No podía 4 imaginar volver a vivir bajo una dictadura, después de lo que ya habíamos pasado. Por suerte, la democracia resistió.

### **9. Has sido pastor en Dénia durante más de 40 años. ¿Cómo ha evolucionado la iglesia en ese tiempo?**

Han sido décadas emocionantes. Hemos pasado de estar ocultos, casi en las catacumbas, a tener una presencia abierta y respetada. Nuestra iglesia es participativa, cada miembro tiene un rol activo. Además de pastorear la iglesia de Dénia, he ayudado en otras ciudades como Albacete, Alcoy, Elche o Xàtiva.

Aunque aún hay quien nos llama «secta» por no ser católicos, la mayoría de la gente que nos conoce y las autoridades nos respetan. Saben que nuestro mensaje es el de Jesucristo, un mensaje de esperanza para todos sin discriminación de género o social.

### **10. También has tenido responsabilidades a nivel nacional e internacional. ¿Qué ha supuesto para ti formar parte de la UEBE y de la Alianza Bautista Mundial?**

Nuestra estructura es de iglesias autónomas, pero al unirnos formamos una red que nos permite actuar con mayor eficacia. Por esta razón se formó la Unión Evangélica Bautista de España (UEBE) que coordina proyectos nacionales, y a través de la Alianza Bautista Mundial estamos conectados con más de 100 millones de creyentes en todo el mundo que tenemos las mismas doctrinas y prácticas.

Durante cuarenta años he servido en estas organizaciones, tanto en el ámbito nacional como internacional. Ha sido una experiencia muy enriquecedora. He aprendido de grandes líderes, entre ellos el expresidente Jimmy Carter. Esta comunión nos ha fortalecido y ha dado voz a nuestras convicciones en foros globales.

### **11. ¿Cómo valoras estos 50 años de democracia en España?**

Han sido años de avance, fruto del diálogo y el consenso. La democracia debe ser cuidada constantemente. Hoy vemos cómo algunos líderes intentan usarla de forma autoritaria para fines personales, y eso es peligroso.

Valoro profundamente vivir en un sistema democrático, sobre todo cuando recuerdo lo que era vivir sin libertad. Pero aún queda camino por recorrer, especialmente en temas como la libertad religiosa

plena. La democracia no es un regalo garantizado: hay que educar a las nuevas generaciones en su valor.

## **12. Finalmente, ¿qué mensaje te gustaría dejar a los jóvenes como yo?**

Debemos cuidarnos los unos a los otros, sin imponer nuestras ideas y con respeto mutuo. Las nuevas generaciones deben entender que nada está garantizado. Un ejemplo reciente es el apagón eléctrico del 28 de abril de 2025. Nadie lo esperaba en un país desarrollado. Pues lo mismo puede suceder con la democracia que sostiene nuestra cultura. Para mantener una sociedad libre, solidaria y justa, se necesita esfuerzo, dedicación, generosidad y compromiso. Nada se consigue sin conciencia personal ni responsabilidad colectiva. El mundo en que vivimos debe ser protegido y cultivado con cuidado, y eso empieza en cada persona y transmitiendo una mensaje de integridad para que sea recogido este testigo por las nuevas generaciones. Difícil tarea de conseguir, pero no imposible.

**Jorge Juan Pastor Mut - 1 mayo 20251.**

## **SEGUNDO PREMIO**

Adriano Lacangelo Sanz

Cloé Picchioni

Adriano Tucci Tucci

Blanca Vázquez Bodini

Liceo Español Cervantes (Roma)

## COMBATIR EL PROBLEMA DE LA DESINFORMACIÓN ENTRE LOS JÓVENES PARA LA MEJORA DE LA CALIDAD DEMOCRÁTICA

### 1. Planteamiento

En una época en la que el acceso a la información es más fácil que nunca, se podría esperar que los jóvenes estuviéramos cada vez mejor informados. Paradójicamente, se observa una falta generalizada de cultura, una escasez de pensamiento crítico y una creciente superficialidad en los debates públicos y en las opiniones publicadas en las redes sociales.

Este fenómeno afecta especialmente a la Generación Z; la generación de los teléfonos y de las redes sociales, con una mayor incidencia entre aquellos que no muestran interés por contrastar la veracidad de la información que reciben.

Los principales problemas que identificamos son:

- Escaso desarrollo del pensamiento crítico: la tendencia a consumir información rápida y simplificada, sobre todo la que se encuentra en las redes sociales, reduce la capacidad de analizar los hechos en profundidad. Por ejemplo, muchas personas solo leen los titulares de las noticias, desarrollando creencias basadas en información incompleta o engañosa.
- Ignorancia selectiva y desinformación: muchos jóvenes hablan sobre temas complejos sin haberlos estudiado a fondo, confiando en fuentes no confiables o en simples eslóganes. Por ejemplo, conocemos a muchas personas que opinan sobre política, ciencia o economía basándose en videos de treinta segundos o menos vistos en TikTok. Estas personas opinan sin haberse informado leyendo libros, artículos o buscando fuentes fiables de información.
- Presencia de sesgos cognitivos y falacias lógicas: errores sistemáticos en el razonamiento, como la falta de confirmación o la simplificación excesiva de cuestiones complejas, conducen a visiones distorsionadas de la realidad y a sostener argumentos sin sentido lógico.

Este no es un problema que afecte de manera individual, sino que tiene efectos negativos en toda la sociedad. Algunas de las principales consecuencias son:

- El deterioro de la calidad del debate público: las opiniones no basadas en hechos reales alimentan la polarización, las noticias falsas y la desconfianza en la ciencia y las instituciones.
- Riesgo para la democracia: una población poco informada es más propensa a apoyar decisiones políticas y sociales perjudiciales sin comprender sus verdaderas implicaciones, con el riesgo de que la calidad de los sistemas democráticos se revierta e inicien su transición hacia sistemas de tintes totalitarios.
- Un futuro comprometido: si esta tendencia no se revierte, las futuras generaciones heredarán una sociedad menos consciente, menos racional y más expuesta a la desinformación y a la manipulación. Esto podría generar una creciente desconfianza en la ciencia, la medicina y las instituciones, con consecuencias desastrosas para el progreso social.

La importancia de abordar este problema resulta crucial, pues de lo contrario la situación tenderá a empeorar, con efectos a medio y largo plazo cada vez más graves. Invertir en educación, promover el pensamiento crítico y difundir una cultura general sólida es fundamental para construir una sociedad más consciente, capaz de afrontar desafíos complejos con racionalidad y responsabilidad.

## **2. Análisis Filosófico del Problema**

El problema de la desinformación entre los jóvenes es también una cuestión de valores. Por un lado, está el valor de la libertad de pensamiento, es decir, el derecho de cada individuo a formarse sus propias opiniones sin imposiciones externas. Por otro lado está el valor de la verdad y la responsabilidad que esto conlleva, porque vivir en sociedad también implica tratar de estar bien informado y de razonar correctamente para no difundir ideas erróneas que puedan tener consecuencias nocivas para la comunidad.

Y aquí viene el dilema: ¿hasta qué punto debemos respetar la opinión de alguien, si esa misma opinión se basa en el desconocimiento o en información falsa? Si la libertad de expresión no va acompañada de un interés genuino por descubrir la verdad y de una crítica constructiva, corremos el riesgo de desarrollar una sociedad manipulada por la ignorancia, que es la base de los prejuicios y las posturas más radicales. Pero, al mismo tiempo, si imponemos una «educación forzada», corremos el riesgo de limitar la libertad individual. ¿Cómo podemos entonces encontrar el equilibrio?

Pese a la vigencia de la situación que analizamos, especialmente si atendemos al efecto de amplificación que ha supuesto el desarrollo de las redes sociales, el problema no es tan nuevo, tal y como podemos deducir del hecho de que muchos filósofos, a lo largo de la historia, han reflexionado sobre el tema.

Arthur Schopenhauer, uno de los filósofos más pesimistas de la historia, diría que el problema de la ignorancia está ligado a la propia naturaleza del ser humano. Según él, la mayoría de las personas no buscan realmente la verdad, sino que se dejan guiar por sus propios instintos y deseos. El mundo está dominado por la «voluntad de vivir», una fuerza irracional que nos impulsa a satisfacer nuestras necesidades sin reflexionar demasiado.

Si Schopenhauer viviera hoy, probablemente diría que muchos jóvenes ignoramos la cultura y el pensamiento crítico porque preferimos seguir el placer inmediato. Es más fácil ver un video de diez segundos que leer un libro, más cómodo creer en una idea simple que razonar sobre conceptos complejos. Según él, solo unos pocos logran realmente liberarse de la ignorancia, y estos pocos deben soportar la frustración de vivir en un mundo que premia la superficialidad.

Bertrand Russell, en cambio, era un filósofo optimista, convencido de que la educación y el pensamiento crítico podían mejorar la sociedad. Para él, uno de los principales problemas de la ignorancia es que la mayoría de personas están demasiado seguras de sí mismas. Escribió: «El problema de la humanidad es que los estúpidos están seguros de todo, mientras que los inteligentes están llenos de dudas.»

Russell nos enseñaría que dudar es un signo de inteligencia, porque nos obliga a cuestionar nuestras creencias y a buscar pruebas antes de aceptar algo como verdadero. El pensamiento crítico, según él, es el único antídoto contra la desinformación. En línea con su pensamiento, si más jóvenes aprendiéramos a cuestionar lo que leemos en las redes sociales y a verificar las fuentes, el mundo sería un lugar mejor.

Noam Chomsky nos ofrece otra perspectiva, más relacionada con la sociedad y los medios de comunicación. Según él, la ignorancia no es solo un problema personal, sino una herramienta de control social. Los poderes imperantes, tanto políticos como económicos, tienen interés en mantener a la población ignorante, porque así pueden manipularla más fácilmente.

Chomsky diría que, si los jóvenes no desarrollamos un pensamiento crítico, nos convertiremos en presas fáciles de la propaganda. Políticos deshonestos y grandes empresas ávidas de riqueza pueden hacer que la gente crea lo que ellos quieran para lograr sus objetivos, porque saben que la mayoría de las personas nunca verificarán la información de manera profunda. Para Chomsky, la educación no solo sirve para conocer la historia o la ciencia, sino que es un arma para defenderse de las mentiras y la manipulación.

### **3. Nuestra propuesta de acción**

De nada sirve la identificación de un problema, ni su análisis desde el estudio desde la historia de la filosofía, si todo se queda en mera teoría. La filosofía ha de ser un instrumento para la mejora efectiva de las sociedades y no solo para el análisis y comprensión de las mismas.

Por ello, una vez identificado el dilema ético que aquí se plantea, desarrollamos una propuesta de acción; una estrategia que ayude a combatir la desinformación entre los jóvenes.

Nuestra propuesta se inspira en Bertrand Russell, quien defendía que la educación debía enfocarse en desarrollar la duda y el pensamiento crítico. Según él, el problema de la ignorancia no es la falta de información, sino la falta de hábitos de pensamiento lógico y razonado. Si los jóvenes aprendemos a cuestionar, a dudar y a analizar, seremos menos vulnerables a la desinformación y la manipulación.

Proponemos un enfoque educativo que no solo brinde información, sino que enseñe a querer aprender y a razonar mejor. Esto se lograría integrando en las escuelas actividades prácticas como:

Laboratorios de pensamiento crítico, donde los estudiantes analicemos noticias, identifiquen falacias lógicas y aprendan a cuestionar las fuentes de información.

Debates estructurados, que fomenten el análisis de diferentes puntos de vista y la capacidad de argumentar con lógica y evidencia.

Espacios de expresión libre, donde los jóvenes podamos hablar sobre sus ideas y reflexionar sin miedo, aprendiendo a expresar sus pensamientos de manera clara y fundamentada.

Este enfoque trata de resolver el dilema ético inicial porque no impone una única forma de pensar, sino que nos enseña a los jóvenes a pensar por nosotros mismos. En lugar de obligarnos a creer ciertas ideas, nos ofrece las herramientas para analizar cualquier información y llegar a conclusiones propias, basadas en la razón y la evidencia.

#### **4. Desarrollo del plan**

Para que este proyecto tenga éxito, debemos implementarlo de manera progresiva. Comenzaremos en nuestra propia escuela y, una vez que demos los beneficios, buscaremos expandirlo.

##### **4.1. Presentación del proyecto a la dirección y los docentes.**

El primer paso es exponer la propuesta a la dirección y a los profesores. Tenemos que explicar de manera clara cuál es el problema que queremos abordar, por qué es importante y cómo nuestra solución puede integrarse en el currículo sin afectar otras materias. Es esencial demostrar que el desarrollo del pensamiento crítico es ayudará al alumnado en todas las asignaturas.

##### **4.2. Capacitación de los profesores.**

Para que el proyecto funcione, los profesores deben estar preparados para guiar a los estudiantes en el proceso de análisis y argumentación. Si es necesario, se pueden organizar talleres cortos donde se enseñarán estrategias de enseñanza del pensamiento crítico, lógica básica y

técnicas de debate. También proporcionaremos guías con ejemplos de actividades prácticas que puedan incorporar en sus clases.

#### **4.3. Implementación de lecciones relacionadas al pensamiento crítico.**

Se podría empezar familiarizando a los alumnos con este tema en las clases de tutoría. A continuación, intentaremos añadir más clases que les haga razonar de una manera mejor. Algunas ideas son:

- Hacer más textos argumentativos y disertaciones.
- Ver películas y hablar en clase. Hacer debates sobre temas actuales.
- En las asignaturas científicas, nos concentramos sobre el porqué suceden las cosas, incentivando el razonamiento y la lógica.
- En historia, razonar y debatir sobre las causas y efectos de los eventos históricos.

#### **4.4. Evaluación y mejora del proyecto.**

Recopilaremos opiniones tanto de los estudiantes como de los profesores. Analizaremos qué actividades funcionaron mejor, cuáles fueron los desafíos y qué aspectos deben ajustarse. A partir de esta información, realizaremos mejoras en las lecciones.

#### **4.5. Presentación del éxito del proyecto a otras instituciones**

Organizaremos un evento o una reunión con representantes de otras escuelas para compartir nuestra experiencia. Llevaremos testimonios de estudiantes y docentes para que hablen actividades y los beneficios obtenidos. También explicaremos cómo pueden adaptar el programa a sus propias necesidades.

#### **4.6. Creación de materiales y guías didácticas.**

Para facilitar la implementación del proyecto en otras escuelas, proporcionaremos guías con actividades, como ejercicios de pensamiento crítico y ejemplos de debates. También podemos producir videos explicativos o infografías para hacer el contenido más accesible.

#### 4.7. Colaboración con organizaciones educativas

Para dar mayor credibilidad y alcance al proyecto, buscaremos apoyo de universidades, asociaciones educativas y expertos en psicología y educación. Estos aliados pueden ayudar a mejorar el proyecto, ayudar a más docentes e incluso impulsar cambios en la educación a nivel regional o nacional.

#### 4.8. Difusión en redes sociales y medios locales.

Como cereza en el pastel, utilizaremos las redes sociales y los medios de comunicación locales para difundir nuestro proyecto. Crearemos contenido que explique la importancia del pensamiento crítico y cómo puede mejorar la educación. También contactaremos medios locales para que cubran la iniciativa y la den a conocer en más escuelas.

Si continuamos este proyecto en el tiempo, puede contribuir a formar generaciones más informadas, racionales y preparadas para enfrentar los desafíos del mundo moderno.

### 5. Conclusión

La ignorancia y la falta de pensamiento crítico afectan a la sociedad, haciendo a las personas más vulnerables a la desinformación. Nuestra propuesta busca solucionarlo a través de la educación, enseñándonos a los jóvenes a razonar mejor. Sin embargo, aunque la escuela puede ofrecer el conocimiento y los métodos para pensar mejor, al final, es cada individuo quien decide aplicarlos en su vida diaria. La educación puede abrir puertas, pero cada persona debe elegir cruzarlas.

Este proyecto nos muestra que la filosofía no es solo teoría, sino una herramienta para resolver problemas reales. Al fomentar el pensamiento crítico, no solo mejoramos la educación, sino que contribuimos a una sociedad más informada y libre.

# CREACIÓN PLÁSTICA

# PRIMER PREMIO

Adriana Díaz Díaz

Hugo Díaz Díaz

Paola Fanega Fernández

Hugo Fernández Carlos

Naima Sevilla Fallos

IES Las Musas (Madrid)

## ALELUYAS DE LA LIBERTAD



Con libertad con atención  
se diseñó de esta narración.



Mirad desde las vitetas,  
que cuentan la historia completa.



Como nacieron la libertad  
y expansionó un mundo de libertad.



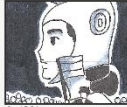
Muchos para ellos se esforzaron  
y con esfuerzo de la libertad.



Se construyó una democracia  
para vivir con gran eficacia.



Recordemos sus tra memoria  
Agredidos y de los gloria.



En 1931 nació una esperanza,  
mejor la sociedad sobre todo la aversión.



La hicieron muchas reformas,  
comenzando por la gran reforma.



Muchos muchos que hicieron  
y a nosotros el problema se enfrentó.



Fueron años de dolor y fe  
que acabaron en una dictadura impuesta.



Se empezó un mundo de oscuridad  
que fue un auténtico calvario.



Duró cerca de 40 años  
y fue un auténtico angustia.



Hubo lucha en la oscuridad  
de muchos en la oscuridad.



También desde el éxito  
vivieron en sus vieo acuerdo.



Una Plataforma se formó  
y una Junta se creó.



Ombas democráticas aparecen  
y se demuestran Plataforma.



Se Abrió a la día transición  
en la que se llamó la Transición.



Y siempre hubo demagogos  
se esperó con competencia.



El pueblo fue el gran protagonista  
de la lucha antifranquista.



La que quien el minuto quitó  
para cuando los problemas a ella giró.



Hombres y mujeres en las palmas  
niños y ancianos en las cunas.



Así como giraron en los  
bos la dictadura que se puso.



El mundo se empezó con libertad,  
la mejor esperanza de la humanidad.



Unidos las manos y corazones  
de los españoles se dieron conciones.



Se as creó una nueva Constitución,  
que aún tenemos, se así año de conmemoración.



Estableció la soberanía popular  
y entre todos un nuevo país crear.



Reconoció muchas derechos  
y nos unió a luchar por estos.



Defendió a los desprotegidos  
y ayudó a los desfavorecidos.



Reconoció sus tres diferencias  
a unido todas las creaciones.



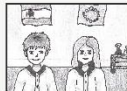
Para los días paz y estabilidad,  
nuestro sistema del período de transición.



Y gracias a esta fraternidad  
Entramos en la Europa Comunidad.



Tomamos ayuda vivieron  
y con ellos la ayuda crearon.



Defendimos los mismos valores,  
unidos y diversos como mejores.



Ya no dramas que truenen afuera,  
nunca más tendremos a la guerra.



Sumos los más europeos  
a incluir muy optimistas.



Recordamos del pasado la acción,  
vigilamos las amenazas con atención.



Luchamos por una sociedad moderna,  
y vivimos a todos los momentos.



Que todos somos iguales  
como los campos de batalla.



Indignos con responsabilidad  
y vivimos con colaboración.



En una sociedad de pluralismo  
donde no hay ningún protagonista.



Unidos en los próximos  
que son los que nos hacen personas.



Funcionamos con civismo  
y nos comprometamos con el activismo.



En una España con memoria  
que quiere recuperar su historia.



Desde la voz de los olvidados  
que durante mucho tiempo estuvieron  
en el olvido.



Recordamos el comienzo  
entre nosotros que somos diversos.



Lo priorizan las nuevas generaciones,  
lo hacen los que cubren por nosotros.



Lo es todo en nuestros vieo título  
y lo tenemos presente en cada minuto.



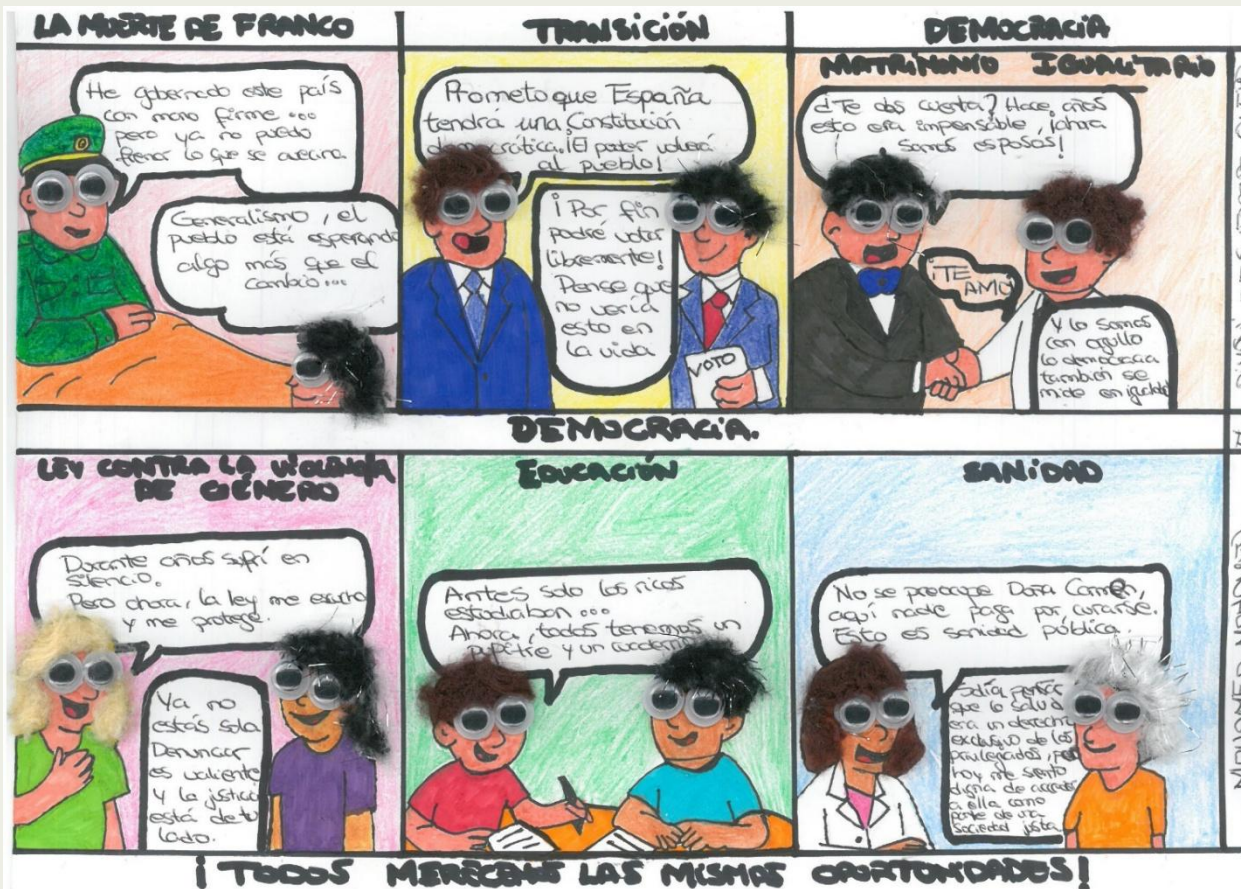
La historia es maestra de la vida  
y aquí es la despedida.

ADRIANA DÍAZ DÍAZ, HUGO DÍAZ DÍAZ, PAOLA FANEGA FERNÁNDEZ, HUGO FERNÁNDEZ CARLOS Y NAIMA SEVILLA FALLOS  
IES LAS MUSAS

# SEGUNDO PREMIO

Mohamed Mohamed El Biyani

IES Leopoldo Queipo (Melilla)



**VIDEOJUEGO**

# PRIMER PREMIO

Elena Ramírez Martín

IES San Fulgencio (Écija, **Sevilla**)



[Acceso al videojuego](#) 

# SEGUNDO PREMIO

Joel Pareja Ruottinen

Álvaro Verdugo Auber

IES Ciudad de los Poetas (Madrid)

**Tras la Cámara de la Verdad**  
by alvaro54984

**Instrucciones**

INSTRUCCIONES:

FLECHAS: Moverte / Elegir respuesta diálogos  
ESPACIO: Interactuar con puertas, personas...  
Recomendación: Jugar con tranquilidad  
Hay 3 posibles finales

**Notas y créditos**

Creado por Álvaro Verdugo y Joel Pareja  
Iconos de misiones: flaticon.es  
Recortes de periódicos: prensahistorica.mcu.es  
Música: pixabay.com

[Acceso al videojuego](#) 

# CREACIÓN AUDIOVISUAL

# PRIMER PREMIO

Sebastián Alveal Oyarzun

Sebastián del Águila Zumaeta

Michelangelo Mazzaro

Adriana Campolunghi

Liceo Español Cervantes (Roma)



[Acceso al vídeo](#) 

# SEGUNDO PREMIO

Berta Sánchez López

IES Padre Juan de Mariana (Talavera de la Reina, Toledo)



[Acceso al vídeo](#) 

**MODALIDAD B**  
**Bachillerato, FP y**  
**Educación de Adultos**

# CREACIÓN LITERARIA

# PRIMER PREMIO

Ismael Abad Arbués

Colegio Laviaga-Castillo (La Almunia de Doña Godina, Zaragoza)



**Don Francisco,  
«el Invicto»  
Una novela caballeresca**

## Capítulo I – El Alzamiento del Invicto

En el Reino de Hesperia, antaño lleno de voces y diferencias, surgió en tiempos de crisis un caballero silencioso y de rostro imperturbable: Don Francisco de Ferrol, apodado el Invicto, aunque jamás se midió en justa sin asegurarse primero de tener ventaja.

Un día, al ver que el reino se abría al cambio, a las libertades y a la palabra, Don Francisco se alzó en armas contra los señores de la República. Se rodeó de caballeros oscuros, cruzados del orden y del castigo. Así comenzó la Gran Guerra de los Tres Años, una sangrienta contienda entre hermanos.

Aquel que no doblaba la rodilla, era pasto de acero. Las aldeas ardieron, los puentes se rompieron, y los bardos que cantaban libertad fueron silenciados por el fuego.

—Por Dios, la Patria y la Tradición —gritaban sus huestes, mientras Hesperia se teñía de rojo.

Cuando la guerra terminó, no hubo banquete de victoria, sino silencio. Bajo tierra quedaron miles sin tumba, y sobre el trono, Don Francisco juró un reino eterno de orden y obediencia.

---

## Capítulo II – El Reino del Silencio

Don Francisco construyó un trono de piedra en la Torre del Pardo y desde allí gobernó sin corona, pero con puño de hierro. Fundó el Reino del Silencio, donde sólo se hablaba lo que él permitía, y donde la historia se reescribía cada día para alabar su gesta.

El caballero ordenó al Gran Censor sellar las bibliotecas, cerrar las escuelas libres y enviar al exilio a todo aquel que soñara con un reino diferente. Lenguas antiguas como la catalana o la vasca fueron encerradas en cofres con siete candados, y los nombres de los vencidos fueron borrados de los registros.

Las doncellas no podían vestir como quisieran, y los libros de amor fueron reemplazados por manuales de doctrina. La cultura vivía en

susurros, escondida en sótanos, mientras los estandartes del Movimiento ondeaban sobre las almenas.

Pero en lo profundo de las montañas, los cronistas del exilio preparaban la memoria. Y en las ciudades, las gentes aprendían a resistir con miradas, con palabras escritas en servilletas, con canciones susurradas.

---

### **Capítulo III – El Valle de los Caídos**

En el centro del reino, Don Francisco ordenó construir su fortaleza final: un mausoleo gigantesco, el Valle de los Caídos, tallado en piedra con manos de prisioneros y enemigos derrotados. Allí yacían los caídos de la guerra... pero mezclados sin justicia: los vencedores con los vencidos, como si la historia se pudiera nivelar a martillazos.

Una cruz gigante se alzaba sobre las tumbas como espada clavada en la tierra, símbolo de la redención impuesta. Mas bajo ese símbolo, muchos lloraban en silencio, pues sus muertos no tenían nombre ni homenaje.

—Este será mi legado eterno —dijo el Invicto—. Aquí me alzarán como guardián del orden perpetuo.

Y mandó que se escribieran cantares que lo glorificaran. Pero los trovadores ya empezaban a componer otros versos, más peligrosos: los de la verdad.

---

### **Capítulo IV – Las Sombras del Exilio**

Mientras Don Francisco reinaba, miles de hombres, mujeres y niños cruzaron los mares y montañas para huir. Fueron a los Reinos del Norte, del Oeste y del Otro Mundo, llevando con ellos la memoria, la lengua prohibida y los cantos de libertad.

En aquellas tierras lejanas, nacieron libros prohibidos, canciones que hablaban de las fosas y las cunetas, de los fusilamientos al alba y de la esperanza que resistía bajo las botas.

Mientras tanto, dentro del Reino, los hijos de los vencidos crecían en silencio, esperando el momento.

Y fue en esas generaciones nuevas donde la semilla de la princesa Democracia empezó a germinar.

---

## Capítulo V – La Princesa Democracia

Una muchacha de alma brillante, nacida de los sueños antiguos y la voluntad de los pueblos, fue llamada Democracia. Muchos no creían en ella, pues era frágil, joven y perseguida. Pero allá donde iba, florecían las ideas.

Democracia no llevaba espada, sino pergaminos. No montaba caballo, sino que viajaba en hojas clandestinas, en radios extranjeras, en cartas escondidas. Su presencia despertaba a los dormidos, y su voz ponía nervioso al Invicto.

—Esa bruja será el fin del Reino —gruñó Don Francisco, y mandó a los inquisidores a buscarla.

Pero no pudieron atraparla, pues Democracia era un espíritu que vivía en la esperanza de la gente.

---

## Capítulo VI – El Último Decreto

Don Francisco envejeció, encerrado en su castillo. Ya no cabalgaba, ya no hablaba en público. Su voz era la de otros, y su reino se resquebrajaba por dentro. Los nobles fingían obediencia, pero miraban hacia otros horizontes.

Temiendo el caos tras su partida, Don Francisco nombró como sucesor a un joven con sangre real, pero sin poder real: Juan Carlos, príncipe de la ambigüedad. El Invicto pensó que así, todo seguiría como siempre.

—Mi obra será eterna —susurró, antes de caer enfermo.

En su lecho, rodeado de curas, generales y silencio, Don Francisco exhaló su último aliento el 20 de noviembre. Las campanas no repicaron de alegría ni de luto: repicaron con incertidumbre.

Y así murió el Invicto. No vencido en batalla, sino derrotado por el tiempo.

---

## Capítulo VII – El Renacer del Reino

Tras su muerte, el trono tembló. Muchos temían una nueva guerra, otros soñaban con reformas, y algunos aún veneraban al viejo caballero.

Pero la princesa Democracia volvió, esta vez sin miedo. El príncipe heredero escuchó al pueblo, y lentamente, se inició la Transición: un tiempo de pactos, luces y sombras, pero también de renacer.

El Reino de Hesperia aprendió a votar, a hablar, a recordar.

Se abrieron urnas, no tumbas. Aunque algunas tumbas siguen cerradas.

La historia del Invicto no fue olvidada, pero tampoco glorificada. Se contó en voz alta, con sus sombras y sus horrores, para que nunca más un caballero con puño de hierro cabalgue sobre las libertades de su pueblo.

Y así, entre memoria y futuro, se escribió el último verso:

Aquí yacen los silencios. Que no se repitan jamás.

# SEGUNDO PREMIO

Mario Cambres Muñoz

IES Sanje (Alcantarilla, Murcia)

## La urna vacía

Jamás pensé que una caja polvorienta escondida en un desván cambiaría mi forma de ver el mundo.

Fue un sábado por la mañana, la típica limpieza de fin de semana. Estaba ayudando a mi madre a sacar algunas cosas viejas del desván de mis abuelos. Encontramos de todo, desde enciclopedias y periódicos amarillentos hasta tocadiscos vintage en un estado sorprendentemente bueno. Lo que sí me llamó la atención fue una caja. Sí, una simple caja, de cartón, marrón, sin nada escrito, solo con un hilo fino para tirar de él y abrirla. Me acerqué a ella y sin preguntarle a mi madre tiré de la cuerda. Nada más abrirla, en el anverso de un sobre, lo primero que pudieron leer mis ojos fue: Ramón L. —no lo sabía pero era el nombre de mi bisabuelo.

Dentro había cartas. Muchas cartas. Todas ellas acompañadas de los sobres donde se albergaban. Todas ellas con los mismos nombres y la misma dirección. También había fotografías en blanco y negro, recortes de papel escritos, y un cuaderno con la palabra «esperanza». Cogí una carta sin saber lo mucho que me cambiaría y comencé a leer.

*12 de junio de 1972*

*Querida Ana:*

*Hoy se han llevado a otro de mis amigos por repartir octavillas. No sé cuánto tiempo más puedo estar escondido, ha pasado ya mucho tiempo y tengo suerte de que ahora el régimen se ha relajado, pero la idea de que me puedan descubrir y hacerme desaparecer me sigue atormentando. Quiero que haya paz, la paz de la que siempre te he hablado, la que siempre habíamos soñado. Unas urnas llenas de votos y expresiones libres, esperando a ser escuchadas. Solo queda esperar hasta el día en que todo esto acabe y poder salir con más fuerza que nunca.*

*Tu Ramón*

Leí innumerables cartas. Cartas desde todas partes: cartas desde pueblos lejanos, desde el exilio, desde la cárcel. En todas, da igual el lugar desde donde fuera escrita, mi bisabuelo siempre hablaba de lo mismo. Apoyaba la libertad y la eliminación de la censura. Mi bisabuelo quería hablar y que la gente hablase sin miedo.

Cuando le pregunté a mi madre sobre el autor de las cartas, sentí algo muy cercano. Una oleada de verdad desesperanzadora y agonizante que me dejaba sin aliento. Me sorprendía mucho que mi abuelo soñara con vivir en un país así. Un país libre y con libertad para el voto, un país como ahora. Y yo, que en ocasiones me quejo por tener que estudiar Historia y que, a veces me pregunto que a quién le importa lo que hubiera pasado, me encontraba leyendo una historia oculta, pero como muchas otras, escrita en tinta borrosa en un papel amarillento, pero cargada de esperanza.

En el instituto no te cuentan así la historia. Solo ves cifras, hechos políticos que te hacen ver la guerra civil y la dictadura. Te lo hacen ver como algo lejano, hasta que descubres en tu propia casa y por accidente lo verdaderamente cerca que podías haber estado de ella.

Pasé semanas leyéndolo todo. La verdad es que la caja era más grande de lo que pensaba. Las leía diariamente y cada vez me sorprendía más. En una de ellas mi bisabuelo escribió:

*20 de noviembre de 1975*

*Cariño, han dicho que ha muerto. Ha muerto el dictador, pero su sombra aún pervive. Hay que dejar un poco de tiempo para curarnos del miedo que hemos pasado. Pero ahora nuestro deseo de una Constitución donde reinen la paz y la libertad es más fuerte que nunca. ¡Y votar, votar sin que nos vigilen! ¿No es hermoso, cariño? Estoy deseando verte, te escribo esto antes de coger el camión que me lleva a casa. Te quiero.*

*Tu Ramón. Ahora más cerca de ti.*

Lloré con esta carta. Porque sí vivió para cumplir su sueño. En una de las fotos de la caja se le mostraba a él votando en 1977, con la

papeleta en la mano y una gran sonrisa en el rostro. Una sonrisa que reflejaba un sufrimiento oculto finalmente transformado en una satisfacción de ver un mundo libre. Una sonrisa que nunca había visto antes, y que era tan grande que podría representar a un país entero.

Y fue ahí cuando entendí.

Entendí que votar no es solo una papeleta. Es memoria. Es lucha. Es el eco de todos los que pelearon para que su voz fuese escuchada.

Tres meses después, al cumplir 18 años, mi madre me llevó al mismo colegio donde mi bisabuelo había votado. Inserté una papeleta en una de las urnas y sentí algo nuevo: una mezcla de orgullo, entusiasmo y responsabilidad. Como si él, desde sus cartas, me acompañara.

Por eso, cada vez que escucho a alguien que dice que la política no tiene importancia, que votar no sirve para nada, que es mejor no votar (a pesar de que la posibilidad de elegir no votar es ya en sí un signo de libertad democrática), me acuerdo de la caja. Y pienso en una frase que escribí en mi diario la noche del día en el que abrí la caja:

«La urna ya no está vacía. Está llena de memoria».

# ENSAYO E INVESTIGACIÓN

# **PRIMER PREMIO**

Miguel Ángel Vertedor Alabarce

IES Ben Al Jatib (La Cala del Moral, Málaga)

## VIVIR, SENTIR Y CONTAR LA DEMOCRACIA: ESPAÑA EN LIBERTAD. 50 AÑOS

La finalidad principal de este texto ha sido articular un relato que, tomando como hilo conductor la figura de mi abuela y su testimonio a lo largo del tiempo, permita recorrer de forma cronológica algunos de los acontecimientos más relevantes de nuestra historia reciente. A través de sus vivencias —rememoradas durante los tres primeros capítulos— durante la Guerra Civil y los años iniciales de la dictadura, se propone un recorrido que parte de la entrada de las tropas sublevadas en la ciudad de Málaga, en febrero de 1937, y transita por las etapas de la posguerra, la represión franquista, la muerte del dictador, el proceso de Transición y, finalmente, la llegada de la democracia en España.

Es precisamente esta última etapa —el surgimiento y consolidación del sistema democrático— el verdadero eje temático que se pretende destacar. El presente texto se inscribe en el marco del certamen *Vivir, sentir y contar la democracia*, una iniciativa impulsada por el Ministerio de Educación, Formación Profesional y Deportes. La convocatoria de este premio ha despertado en mí el interés por reflexionar, desde una perspectiva personal pero también histórica, sobre la importancia de nuestro modelo de gobierno actual.

Con estas líneas, deseo no solo rendir homenaje a quienes vivieron en primera persona aquellos tiempos convulsos, sino también reivindicar el valor de la memoria y la necesidad de conservarla. Porque solo conociendo de dónde venimos, podremos comprender y defender con mayor firmeza lo que hoy somos.

### Capítulo 1- Vienen los moros

*«Vienen los moros por Cádiz. Cortando cabezas, violando mujeres y matando a niños».*

Este tipo de frases, citadas literalmente por mi abuela materna —quien vivió directamente los acontecimientos de la Carretera Málaga-Almería en febrero de 1937— reverberan en mis pensamientos desde que tengo uso de razón. Y es que ella, Lola, o «*Mamaíta*» —como la llamábamos sus nietos—, estuvo allí. Estuvo presente en las

inmediaciones de El Cantal, cuando los buques *Canarias*, *Baleares* y *Almirante Cervera* del general sublevado Gonzalo Queipo de Llano, bombardeaban a los civiles que huían despavoridos por la costa, atemorizados por esos mismos moros. Por puro temor. Por miedo.



*Imagen 1 Túnel construido en 1907 para el paso del tren. En él se refugiaron los civiles que iban a Almería, y que fue bombardeado. Archivo fotográfico*

Recuerdo el sencillo gesto de un niño curioso —yo mismo— preguntándole a mi abuela por aquellos días en la carretera, y aunque por entonces ella contaba con apenas tres años de edad, lo relataba todo como si todavía anduviera por allí: entre las cañas de azúcar, entre las balas de los aviones italianos, entre la gente muerta en las cunetas. Llegaba a contar lo mismo una y otra vez. Se lograba vislumbrar una especie de simbiosis entre el horror y la resignación, como quien ha llegado a hacer las paces con el pasado pero jamás lo ha olvidado.



*Imagen 2 Malagueños en Desbandá. Un episodio oscuro de la historia española. RTVE*

Al cabo de una semana caminando por el asfalto —o monte a través, para evitar el fuego de los cruceros— llegaron a Almería, donde, según contaba mi abuela, la recogieron junto a su madre en un camión y la llevaron a Valencia. Pasaría el resto del conflicto en unos barracones para los trabajadores del arroz, situados en la playa de la Malvarrosa, junto a otras familias caleñas. Recuerdo con claridad cómo contaba que lo único que había para comer eran batatas, las cuales, por supuesto, años después —y conmigo ya en el mundo— aborrecía.

El padre de mi nombrada «*Mamaíta*», es decir, mi bisabuelo, militó entre las tropas republicanas —o eso tengo entendido, a través de un familiar—. Pero el relato se entremezcla, ya que soy conocedor de que se vio obligado a huir con la *Desbandá* hacia Almería, pero al llegar a dicha ciudad no logró subir al camión que transportaba a mi abuela y a su madre hasta Valencia. La historia toma este giro dramático y pierdo el hilo. No soy capaz de concordar un momento en el que mi bisabuelo huyera debido a sus ideas políticas —no simpatizantes con el movimiento— y lucha en el frente de la mano de las tropas republicanas. No logro ubicarlo.

## Capítulo 2- Fin de la guerra, ¿o no?

*«Primero de abril de 1939, tercer año triunfal. En el día de hoy, cautivo y desarmado el ejército rojo...».*

Con estas famosas palabras comenzaba el último parte de guerra desde el cuartel del Generalísimo. La guerra como tal había terminado en el frente, pero en las familias y hogares españoles se encontraba tan latente como aquel lejano julio de 1936. La guerra no había ni muchísimo menos terminado.

Recuerdo que mi abuela contaba como a algunas mujeres de La Cala se las llevaron a la Cárcel Provincial de mujeres de Málaga —actual Caserón de la Goleta—, donde estuvieron hacinadas junto a más de 4.000 republicanas desde la toma de la ciudad en febrero de 1937. Esas mujeres, madres de familia, nunca volvieron.

Como señala el historiador Francisco Espinosa Mestre, *«el franquismo no fue solo una dictadura, sino un sistema diseñado para borrar física y simbólicamente al enemigo»* (La columna de la muerte, 2004). Un ejemplo grotesco de ese afán fue el «estudio» del médico Antonio Vallejo-Nájera —llamado a veces el Mengele español— Jefe de los servicios psiquiátricos militares, en 1939 analizó a medio centenar de reclusas malagueñas con el perverso objetivo de demostrar que existía un «gen rojo» que corrompía moral e ideológicamente a la izquierda.

A través de encuestas sobre sexualidad y religión, Vallejo-Nájera intentó justificar su absurda tesis pseudocientífica —y profundamente misógina— de que las mujeres republicanas eran «degeneradas» por naturaleza. Este experimento, financiado por el régimen, revela hasta qué punto la represión franquista buscó no sólo castigar, sino también deshumanizar a quienes consideraba una amenaza.



*Imagen 3 Reclusas reunidas en el patio de la cárcel. Diario SUR*

Comenzaba entonces —tras la derrota del bando republicano— una férrea dictadura basada en la represión hacia el bando contrario y la autarquía, y profundamente marcada por el hambre y el miedo. Ese miedo del que hablaba al comienzo del texto, a estas alturas ha logrado evolucionar y convertirse en algo más profundo. Miedo a hablar más de la cuenta por si un vecino logra escucharte y te denuncia a las autoridades. Miedo a escuchar que peguen a la puerta. Miedo a que tu marido, que antes del 36 estaba adscrito a la CNT, y por lo tanto ahora en esta nueva España debería mirar a ambos lados de la calle al salir de casa. Cito de nuevo palabras de mi abuela:

*«Con Franco había que estar callado, el que no lo estaba,  
se lo llevaban»*

Conforme he ido vertebrando el texto, mis dedos me han llevado inconscientemente hacia otro punto que me llama bastante la atención. Se trata del final del himno de la Falange Española, el conocido ‘‘Cara al Sol’’, utilizado por el régimen franquista en actos oficiales, en desfiles, e incluso en las escuelas, donde había que cantarlo antes de entrar al aula. El verso final de este canto cita la frase a la que me vengo a referir: «en España empieza a amanecer». Así titula el escritor Juan Eslava Galán el primer capítulo de su libro

*Los años del miedo* (2008), un título a mi parecer insólito, donde inclusive la portada despierta en mí un escalofrío que me recorre el cuerpo: cinco mujeres realizando el saludo fascista, con una barra de pan bajo el brazo, y en la mano lo que parece ser una de esas cartillas de racionamiento recién sellada, tan comunes en la España de la posguerra. Esas palabras finales del himno simbolizan lo que para los sublevados sería la nueva España, donde por supuesto habría de combatir al comunismo y la masonería. Aparece aquí esa jerga franquista tan característica.

Sea como fuere, al terminar la guerra y volver a La Cala, los roles de la familia Soler López se vieron invertidos. Él se quedaba en casa cuidando de las hijas —la segunda nació en Valencia— y ella se iba a trabajar al campo. A día de hoy, que cuento con una edad y puedo pensar por mí mismo, y por supuesto tras haberme documentado, pienso, ¿Se escondería mi bisabuelo por miedo a represalias, por miedo al régimen? Solo tuvo trabajos esporádicos, supongo que cuando la situación era ya de extrema necesidad debido al aumento de la familia a cuatro hijos. Como muchos de sus coetáneos caleños, faenaba los meses de productividad y, llegada la vejez, trabajó de guarda del Camping de la urbanización de Cala Flores, coincidiendo con la Ley de indultos de 1969. Mucha casualidad. La lógica me llama a pensar que sí, tendría que haber vivido con bastante discreción.

Esta es la historia que nos acontece. La historia de una España dividida. La historia de una élite militar y política que actuó sin tener en cuenta a la población de un país que, en ese entonces, contaba con casi veinticinco millones de habitantes. El escritor malagueño Antonio Soler, en su reciente obra *El día del Lobo* (2024), aborda



*Imagen 4 Pueblo pesquero de La Cala Del Moral (Málaga), a vista desde El Cantal alrededor de la década de 1930. Archivo fotográfico*

magistralmente este tema, contando precisamente lo que yo pretendo narrar en la introducción de este texto: la historia de su familia. Quizá haya algo de inspiración proveniente de la obra mencionada.

---

### Capítulo 3- El otro frente

*«El más terrible de los sentimientos es el sentimiento de tener la esperanza muerta».*

*Federico García Lorca.*

Conforme la vida avanzaba, mi abuela —la mayor de cuatro hermanas— empezó a, como ella decía, servir en las casas de los señoritos en Málaga. No he logrado encontrar información sobre la casa en la que servía. Lo único que recuerdo es que lo llamaba el Doctor Bachiller, que ejercía de dentista en las inmediaciones del puerto de Málaga, aunque no era la primera casa en la que trabajó. Guardo el recuerdo de ver las procesiones de Semana Santa con mi abuela por la televisión, y ella saber todos los pasos procesionales junto a sus Cristos y Vírgenes, muy devota del Cautivo. Alegaba que sabía todos los recorridos debido a que estuvo sirviendo en Calle Carretería, y que se asomaba al balcón del piso para verlos. Intento hilar los hechos pero, al igual que con mi bisabuelo, se me escapan de las manos.

Servir en estas casas la llevó a casarse muy joven —como la mayoría de mujeres de su tiempo— con un joven caleño de pelo peinado hacia atrás que iba a pretenderla cuando ella bajaba al mercado. Era nueve años mayor que ella.

La guerra, entonces, quedó reducida en un mal recuerdo vivido que se fue disipando con el resto de los años, aunque jamás se iría del todo. Y mi abuela, más allá de contarme historias del merendero que montaron juntos con más voluntad que medios, o que comenzó a trabajar siendo una niña, cuando solía decir con un tono sarcástico y melancólico, *«antes de haberme desarrollado»*. Llegó, después de todo, a vivir una vida relativamente tranquila y apacible. Falleció en enero de 2023 a los 88 años de edad, dejando tras de sí una memoria,

un legado silencioso de quienes, sin apenas recursos, lograron reconstruir un país en ruinas.

No hay manera más honesta de narrar una guerra que a través de las vivencias en primera persona de alguien que estuvo directamente en los escenarios de los acontecimientos. Y precisamente es lo que he intentado hacer yo en las primeras líneas de este relato. Porque en una guerra no existe solo el frente de batalla, los soldados y los carros de combate. No es solo el estruendo de las armas ni las estrategias trazadas en los mapas por quienes jamás pisan el barro. Una guerra es, en esencia, una cocina sin pan, el silencio del que teme a hablar, la infancia interrumpida de un niño que crece con miedo, o la tumba inexistente de quien nunca empuñó un arma.

Mi abuela, como tantas mujeres de su generación, no fue soldado ni estratega, pero sobrevivió al conflicto en el frente más difícil: el de un hogar devastado y un futuro incierto.

En este sentido, veo la oportunidad de citar a Pérez-Reverte en una de sus tantas entrevistas, cuando subraya la importancia de preguntar a los abuelos. Porque cuando ellos se van, no se marcha solo una persona: con ellos desaparece una mirada, un recuerdo, una vida entera.

---

## Capítulo 4- El pasado que no pasa

*«Españoles, Franco ha muerto... todo está atado y bien atado».*

*Carlos Arias Navarro.*

A lo largo de este capítulo, desarrollo el núcleo del texto, ese eje en torno al cual orbitan las demás secciones, pues pretendo que se erija como la columna vertebral de todo el documento e intento en él dar respuesta a una pregunta de bastante relevancia respecto al tema que pretendo abordar: ¿La dictadura terminó con la muerte de Franco o seguimos siendo herederos directos de ella?

El 20 de noviembre de 1975 —en realidad un día antes, el 19, pero la fecha fue cambiada para que coincidiera con la de José Antonio Primo de Rivera, fusilado en 1936— muere Francisco Franco

Bahamonde, caudillo de España por la gracia de Dios y Generalísimo de los ejércitos. De nuevo esa jerga y nombramientos franquistas.

Esta fecha es considerada por muchos historiadores como el inicio de un proceso inédito en la historia contemporánea de España: la vuelta de la monarquía y la democracia tras casi 40 años de dictadura. Algunos lloraron, otros celebraron. Pero realmente, al igual que en la guerra, ¿la dictadura había terminado, o seguimos siendo herederos directos de esos sucesos?



*Imagen 5 Traslado de los restos de Franco desde el Palacio Real al Valle de los Caídos en 1975. / EFE*

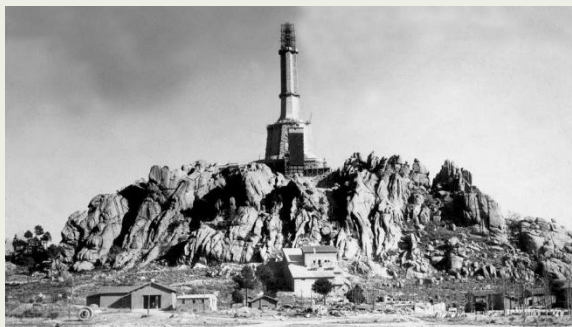
Hace unos días vi en las noticias una imagen que, por alguna razón, me impactó más de lo habitual. En ella aparecían unas diez personas frente a una carpa de color rojo, en la que se leía, en grandes letras mayúsculas, el nombre del partido político del régimen franquista: FE y de las JONS —Falange Española y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista—. Todos los presentes entonaban el *Cara al Sol* mientras alzaban el brazo derecho realizando el característico saludo fascista. Esta noticia puede traducirse, y asegurar, sin temor a dudas que las ideologías provenientes de aquellos oscuros años de dictadura, que no solo asolaron a España, sino a toda Europa, y que llevaron a España a la Guerra Civil, y posteriormente, sumió al mundo en el mayor conflicto de todos los tiempos, la guerra más cruenta que

la humanidad ha visto: La Segunda Guerra Mundial. Esos años siguen latentes en esta nuestra sociedad.

Aquel momento de la carpa política, congelado en una imagen del telediario, no solo era una postal del pasado que creíamos haber superado —por el mero hecho del tiempo transcurrido— sino una peligrosa advertencia de los riesgos del olvido. El hecho de que en pleno año 2025 se entonen himnos franquistas y se reproduzcan símbolos y saludos dictatoriales con absoluta impunidad no es un gesto menor, sino un síntoma preocupante. Nos recuerda que la Democracia, lejos de ser una meta alcanzada, es una construcción colectiva, continua y por supuesto frágil que puede llegar a resquebrajarse si se normalizan las apologías al autoritarismo.

Hilando con este tipo de noticias de índole franquista y acontecimientos relacionados, llegamos a uno de los debates más controversiales de los tiempos actuales: La exhumación de los restos de Francisco Franco y la conservación del Valle de los Caídos —actual Valle de Cuelgamuros—. ¿Memoria histórica o fosa común?

La exhumación de los restos de Franco en octubre de 2019 supuso un profundo giro simbólico y político para la actualidad española. Su tumba había presidido el altar mayor de la basílica del Valle de los Caídos, lugar concebido por el propio régimen para honrar a los «caídos por Dios y por España en la cruzada», por lo cual, fue construido con mano de obra republicana, forzada por supuesto.



*Imagen 6 Obras de construcción del Valle de los Caídos en el monte de Cuelgamuros, situado en la Sierra de Guadarrama, Madrid. 1952. RTVE*

Allí descansaban los restos del dictador, bajo una enorme cruz de 150 metros de altura, en un espacio que algunos consideraban una herida aún abierta en la Democracia.

El traslado de los restos del dictador al cementerio de Mingorrubio fue sin duda un acto cargado de simbolismo político, y por supuesto, memoria histórica. Esta medida, impulsada por el gobierno de Sánchez, buscaba cerrar lo que muchos llamaban una «anomalía democrática»: la presencia de Franco en un mausoleo de proporciones enormes, construido por presos políticos republicanos y convertido en lugar de culto. Bajo este contexto cabe recordar que el búnker de Hitler, en pleno centro de Berlín y donde pasó sus últimos días, es, a día de hoy, un aparcamiento.

La polarización que generó refleja claramente los conflictos no resueltos, y que la dictadura, aunque terminó en términos formales, la realidad ideológica es otra.

La polémica no acabó ahí. El Valle de los Caídos sigue albergando los restos de más de 33.000 personas, muchas de ellas enterradas sin el consentimiento de sus familias, y a menudo mezcladas sin distinción entre bandos. A esto se le suma la presencia de José Antonio Primo de Rivera, cuyos restos fueron trasladados en abril de 2023, a consecuencia de la ley que cito a continuación.

La Ley de Memoria Democrática, aprobada en 2022, propuso resignificar el complejo, convirtiéndolo en un lugar de memoria en honor a todas las víctimas de la Guerra Civil y la dictadura. Aunque la pregunta persiste: ¿es posible resignificar un monumento nacido del totalitarismo?

La respuesta a este tema, a mi parecer, como futuro historiador que me considero, es de suma importancia. La conservación de este tipo de monumentos es fundamental para la pervivencia de la memoria histórica. Multitud de complejos monumentales —incluso algunas de las consideradas maravillas del mundo— han sido construidos a base de trabajos forzados por parte de esclavos o presos.

Desde el Anfiteatro Flavio —comúnmente conocido como Coliseo Romano—, pasando por la Gran Muralla China, el famoso Taj Mahal indio, hasta llegar al Canal de Suez —pieza clave para el comercio global—. Todos los nombrados monumentos, visitados turísticamente de manera empedernida, tienen un origen común: el sufrimiento humano.

Qué decir de esta práctica infame: la esclavitud. Encuentro aquí la ocasión para referirme al filósofo inglés Thomas Hobbes (1588-1679), quien en su célebre obra *Leviatán* (1651) afirma que «*el hombre es un lobo para el hombre*», es decir, malvado por naturaleza, llegando a realizar una de las prácticas más abominables de las que nuestra raza ha sido perpetradora: esclavizar a miembros de nuestra misma especie.

¿Pretendemos ocultar eso ahora demoliendo monumentos y atentando contra la memoria histórica? La cual, por supuesto, se centra —como disciplina— en estudiar los hechos acontecidos tal y como sucedieron desde un punto de vista objetivo. Esa es su función.

Siguiendo esta línea de controversias contemporáneas sobre el legado y la memoria del régimen franquista, se ha reavivado el debate en torno al monumento al crucero *Baleares*, situado en la ciudad de Palma de Mallorca. Este fue erigido en 1947, durante la dictadura, para conmemorar al buque de guerra franquista, que fue hundido por la Armada republicana en marzo de 1938. Sin embargo, lejos de ser un recuerdo neutral, el navío está estrechamente vinculado a una de las mayores tragedias del conflicto civil: la nombrada masacre de la carretera Málaga-Almería en febrero del año 37, en la que iba mi abuela junto a otros miles de malagueños. El buque bombardeó sistemáticamente toda la línea de costa, que junto a la ayuda de la aviación italiana, dejó un balance de —según estimaciones actuales— más de 3.000 muertos. Mi abuela podría haber fallecido en la carretera junto a su madre.

Durante el pasado año 2024, el PSOE de Baleares ha solicitado formalmente la retirada del monumento, alegando que vulnera la, nombrada en líneas anteriores, Ley de Memoria Democrática, mediante la cual se prohíbe expresamente los elementos que ensalzan la dictadura o representan una ofensa para las víctimas. Por ello, proponen que se incluya en el censo estatal de simbología franquista, lo que obligaría a su retirada o resignificación, tal y como hicieron con el Valle de Cuelgamuros —antiguo Valle de los Caídos—. El monumento, de casi 20 metros de altura y coronado por un águila imperial, proveniente de los Reyes Católicos, y rescatada por Franco. Pero ese es otro tema.

El monolito sigue presidiendo el centro de Palma, sin que haya aún una placa que lo contextualice o resignifique. Para algunos, esto representa un ejercicio de miopía pedagógica democrática. Para otros, eliminarlo sería borrar la historia.

Este caso ejemplifica el dilema central que atraviesa la gestión de los símbolos franquistas en la España de nuestro actual siglo XXI. ¿Debemos mantener estos monumentos como advertencia histórica? ¿Resignificarlos pedagógicamente?

En palabras del historiador Ricard Vinyes:

*«un monumento que no interpela, adoctrina».*

Es decir, un símbolo que permanece sin explicación ni crítica en el espacio público no invita a reflexionar, sino que naturaliza el relato del poder que lo erigió.

El caso del *Baleares* no es anecdótico sino un recordatorio vivo de cómo los símbolos del pasado siguen marcando la batalla ideológica del presente.

Con este tipo de noticias actuales pretendo hacer referencia al nombre con el que he querido representar este capítulo del texto: *«El pasado que no pasa»*. Y es que, aunque el tiempo avance y los acontecimientos sucedidos queden en un simple recuerdo, afectan directamente a nuestro presente.

Observamos cada día cómo estas noticias semejantes influyen en los medios de comunicación, en la política y en toda una sociedad. Puedo, en este caso, poner un claro ejemplo remontándonos a la Revolución Francesa de 1789, cuando en la Asamblea Nacional los diputados revolucionarios —partidarios de cambios radicales y de limitar el poder real— se sentaron a la izquierda del hemiciclo, y los conservadores —defensores del Antiguo Régimen, de la monarquía y de los privilegios aristocráticos— se ubicaron a la derecha. El centro buscaba posturas intermedias.

Este simple hecho determinó la manera en la que hoy en día nos referimos a los distintos partidos políticos según su ideología. Con esta mención, pretendo aludir a que los hechos pasados repercuten

enormemente en nuestro presente y determinan, en gran medida, nuestra forma de pensar.

Por otro lado, he de seguir remitiendo al eje cronológico que estoy intentado trazar. Dos días más tarde de la muerte del dictador, Juan Carlos I de Borbón —nombrado sucesor en 1969— es proclamado Rey de España en el Salón de Sesiones de las Cortes Españolas, es decir, el 22 de noviembre de 1975. Cinco días más tarde, es coronado en una solemne ceremonia.

Comenzaba así el periodo de la Transición.



*Imagen 7 Acto de proclamación como rey ante las Cortes. Imágenes del Congreso de los diputados*

Pero realmente, ¿la dictadura concluyó con la muerte de Franco?

Vemos con bastante claridad —después de subrayar el acontecimiento de la carpa política, el debate sobre el Valle de los Caídos, y la controversia por el monumento en Palma de Mallorca— que, incluso a día de hoy, el eco del franquismo sigue resonando entre la población.

Es una tarea difícil tratar de cambiar las ideas de un país de un momento a otro. Treinta y seis años dan para mucho. A la muerte de Franco, la oposición democrática inicia una serie de movilizaciones

en las calles pidiendo la ruptura total con el régimen franquista y la unión de todos los demócratas.

Tras la dimisión, el 30 de junio de 1976, de Carlos Arias Navarro — hasta entonces jefe de Gobierno—, ya que era incapaz de llevar a cabo las reformas democráticas que gran parte del país pedía, Juan Carlos I nombró en su lugar a un perfecto desconocido para el pueblo español. Un hombre al que, si hablamos del periodo de la Transición, es imprescindible nombrar: Adolfo Suárez.

Antiguo miembro del Movimiento Nacional y director general de RTVE durante el franquismo, Suárez fue recibido con desconfianza tanto por los sectores más conservadores como por la oposición democrática. Sin embargo, en pocos meses demostró una sorprendente capacidad de liderazgo y una clara voluntad reformista. El 3 de julio de 1976 fue oficialmente nombrado presidente del Gobierno, y desde ese momento comenzó un proceso político que marcaría un antes y un después en la historia de España.

Uno de los hitos fundamentales de su mandato fue la Ley para la Reforma Política, aprobada por las Cortes franquistas en noviembre de 1976 y posteriormente ratificada en referéndum por el pueblo español el 15 de diciembre del mismo año. Esta ley supuso la demolición legal del régimen franquista desde dentro, una paradoja histórica: el propio sistema dictatorial votó para su autodestrucción. Completamente necesario por supuesto.

Gracias a esta reforma, se legalizaron los partidos políticos, incluyendo al Partido Comunista de España, cuya legalización el 9 de abril del año 77 generó una fuerte polémica y una gran tensión dentro del Ejército, ya que suponía —dentro los sectores más franquistas, y que habían hecho la guerra— una locura. No obstante, Suárez mantuvo su apuesta por la reconciliación nacional, convencido de que sin pluralismo político no era posible construir una verdadera democracia.

El siguiente paso fue la celebración de las primeras elecciones democráticas desde el conflicto, el 15 de junio de 1977, cuarenta y un años después de aquellas elecciones ganadas en febrero del 36

por el Frente Popular, que dio paso al plan de Golpe de Estado del general Mola.

Adolfo Suárez, al frente de la recién creada Unión de Centro Democrático (UCD), ganó los comicios. Aquel momento marcó un punto de inflexión: por primera vez en más de cuarenta años, los ciudadanos pudieron elegir libremente a sus representantes.

En respuesta a la pregunta con la que he dado comienzo al capítulo, la muerte de Franco marcó, en efecto, un antes y un después en la historia de España. Desde un punto de vista jurídico e institucional, sí: la dictadura concluyó. Comenzó el proceso de Transición, la legalización de partidos políticos, la celebración de elecciones libres, la redacción y aprobación de una nueva Constitución. Pero, ¿es eso suficiente para afirmar el punto y final del franquismo?

Aquí es donde la cuestión se vuelve más compleja. Porque si algo nos enseña la historia es que las estructuras políticas pueden cambiar de un día para otro, pero los imaginarios colectivos, los símbolos del poder y las heridas sociales tardan décadas —o incluso siglos— en desaparecer.

La dictadura no terminó en el alma del país de manera automática. El ejemplo de la carpa política, con personas entonando el *Cara al Sol* y realizando el saludo fascista, es una imagen que no solo duele, sino que interpela. Esa postal contemporánea, tan anacrónica como real, evidencia que el franquismo sigue latiendo en ciertas capas de nuestra sociedad, no como una ideología muerta, sino como un relato que aún encuentra seguidores a su causa perdida, a sus espacios y sus complicidades.

Y no es el único caso como bien he tratado de exponer. El debate en torno al Valle de los Caídos, la exhumación del dictador, la presencia de símbolos franquistas aún sin resignificar, el monumento al Baleares en Palma.... Todo ello demuestra que la memoria del franquismo no ha sido completamente asumida ni gestionada con el rigor histórico y ético que requiere una democracia madura como la nuestra. Seguimos discutiendo si conservar, resignificar o demoler lo que el régimen dejó como legado monumental, y esa discusión misma ya dice mucho.

La Transición fue un paso más que necesario, pero no fue ni muchísimo menos una ruptura total. Fue una solución pactada que permitió avanzar, sí, pero también silenciar ciertas voces, aplazar ciertos duelos, y mantener viva —aunque en la penumbra— la estructura simbólica del franquismo. Por eso, más que hablar de un final definitivo, habría que hablar de una herencia incómoda, de una continuidad parcial y de un silencio que, en muchas ocasiones, fue cómplice.

Así que no, la dictadura no terminó del todo. Al menos no en términos ideológicos, ni en el plano de la memoria popular. Seguimos siendo herederos de un pasado que no pasa, y nuestra responsabilidad — como ciudadanos y, en mi caso, como futuro historiador— es precisamente no permitir que el olvido se imponga al recuerdo, ni que el relato del vencedor se convierta en la única voz de la historia.

Porque una democracia sin memoria es una casa sin cimientos. Y una sociedad que no revisa críticamente su pasado, está condenada a repetirlo. Por eso, como bien dice el ya mencionado Ricard Vinyes, un monumento que no interpela, adoctrina. Y lo mismo puede decirse de un país.



*Imagen 8 Operario retirando la placa de «Plaza de Arriba España», medida relacionada con la Ley de Memoria Histórica en España. Acero de Madrid (2017)*

## Capítulo 5- Soñar con la libertad nos hizo caer desde muy alto

*«La libertad se aprende ejerciéndola».*

*Clara Campoamor.*

He de hacer un breve paréntesis en mi narrativa para introducir el concepto de liberalismo en la península, que, aunque conceptualmente moderno, encuentra su voz en lejanos episodios históricos que reflejan en sí la lucha por la libertad frente a la opresión; del yugo asfixiante procedente de una fuerza mayor la cual los oprimía. Estos son esos episodios.

Numancia, actual provincia de Soria. Siglo II a.C. La creciente república romana fija sus objetivos en Hispania. En aquella colina numantina, los celtíberos resistirán el implacable ataque de las tropas provenientes del Lacio durante catorce largos inviernos. Los numantinos prefirieron morir antes que ser conquistados. Dentro de unas líneas veremos reflejado ese ejemplo.

Santa Cueva de Covadonga. Año 722. El último reducto cristiano de la península ibérica se alza en armas contra el empuje aparentemente implacable del islam. Tras una emboscada devastadora, los cristianos al mando de Don Pelayo lograron doblegar al ejército musulmán, dando comienzo al mal llamado periodo de la Reconquista.

Siglo XIX. El liberalismo toma forma como ideología política, surgiendo para combatir al absolutismo borbónico, se nutre de las ideas ilustradas, promulgadas por la Revolución Francesa y posteriormente extendidas por Napoleón.

Irónicamente, el mismo curso que difundió esas ideas, nos invadió, dando lugar a una cruenta Guerra de Independencia (1808-1814), en ella, se redactó uno de los hitos fundamentales de liberalismo español: La constitución de Cádiz de 1812, la cual fue abolida tras la entrada de Fernando VII.

Pero las ideas no mueren tan fácilmente. Rafael de Riego, con su pronunciamiento de 1820, reaviva el sueño liberal, obligando al rey a restaurar dicha Constitución. Pero el llamado Trienio Liberal (1820–

1823) acaba sofocado por la intervención de las potencias absolutistas europeas.

*«A la vista de este ejemplo ciudadanos, antes morir que consentir tiranos».*

Esta frase se encuentra escrita en el monumento a Torrijos proyectado por Rafael Mitjana en la actual Plaza de la Merced en Málaga, donde se encuentran los restos de Torrijos y sus compañeros. A excepción del irlandés Robert Boyd, enterrado en el primer cementerio protestante de la ciudad, el actual Cementerio Inglés. La suya fue una de las primeras tumbas.

Situémonos en el año 1831. El general José María Torrijos es traicionado, capturado y fusilado junto a sus compañeros en las playas de Málaga. El motivo: pronunciarse contra el absolutismo e intentar restaurar la Constitución.

Décadas más tarde, el pintor Antonio Gisbert inmortalizará la escena en su célebre lienzo, en el que aúna tanto el heroísmo como la tragedia.

Cuando el gobierno encargó esta obra a Gisbert en enero de 1886, le indicaron que debía ser *«ejemplo de la defensa de las libertades para las generaciones futuras»*. En cierto modo, así ha sido.



*Imagen 9 Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga. Antonio Gisbert, 1888. Óleo sobre lienzo. Museo del Prado, Madrid.*

*Fusilamiento de Torrijos y sus compañeros en las playas de Málaga. Antonio Gisbert, 1888. Óleo sobre lienzo. Museo del Prado, Madrid.*

A lo largo del convulso siglo XX, el ansiado sueño liberal tampoco encontró tregua. La II República, proclamada en abril de 1931, trató de consolidar un régimen democrático, pero el conflicto civil y la posterior dictadura lo aplastaron. Escritores como Miguel de Unamuno o Pío Baroja —miembros de la famosa Generación del 98— ya reflexionaban, a finales del siglo XIX, sobre el atraso político y moral del país, denunciando el fracaso del proyecto liberal y profundamente marcados por la nombrada preocupación por España. Más tarde, poetas como Lorca, Alberti o Cernuda, miembros del genial grupo del 27, vivieron en carne propia la represión y el exilio. Lorca fue fusilado en Granada al comienzo de la guerra, mientras que Alberti y Cernuda —como muchos otros— se vieron obligados a recurrir al exilio. Sus palabras y su arte fueron silenciadas por la censura y la represión.

Parece entonces que toda esa lucha fue para nada. Como si cada intento por alcanzar la libertad hubiera terminado en derrota, silencio y exilio.

Y sin embargo, no todo esfuerzo fue en vano.

En 1978, el espíritu liberal volvió a encontrar su tan ansiado cauce. La Constitución Española, aprobada por referéndum, reconoció —al fin— los derechos y libertades que generaciones enteras habían defendido con su vida. Y no fue una cesión del poder, sino el resultado de una larga herencia de resistencia.

Estas luchas pasadas explican por qué, en noviembre de 1975, muchos españoles temieron que la muerte de Franco no trajera libertad, sino otro ciclo de represión que casi tiene lugar con la imagen puesta al inicio del relato, el intento de golpe de estado del 23F. Pero esta vez, el legado de aquellos que murieron por la Constitución de 1812 —como Riego y Torrijos— inspiró a quienes redactaron la de 1978. En cierto modo, la *Pepa* de Cádiz y la Constitución del 78 son hermanas separadas por más de un siglo y medio, pero unidas por el mismo anhelo: construir una España más libre y más justa. Encuentro aquí el momento para introducir una cita magistral de la filósofa alemana Hannah Arendt —aunque ella rechazaba esa denominación— donde afirma que «*la esencia de los derechos humanos es el derecho a tener derechos*» en su obra *Los orígenes del totalitarismo* (1951).

Por eso, aunque muchos soñadores fueron derribados en el intento de sobreponerse a sus opresores, su lucha sostuvo los pilares sobre los que hoy se ha conseguido levantar nuestra democracia.



Imagen 10 Carteles para el referéndum de la Constitución

*«La democracia no fue un regalo del franquismo, sino una conquista de la sociedad española».*

*Santos Juliá, historiador y sociólogo.*

## Capítulo 6- ¿Dónde está el final?

*«La guerra civil fue una catástrofe espiritual de la que aún no nos hemos repuesto».*

*Julián Marías.*

No se trata de una fecha grabada en piedra ni de una película con fecha de estreno. No terminó en 1975 con la muerte del dictador, ni tampoco en 1978 con la aprobación de la Constitución. Porque el franquismo no fue solo un régimen político, fue una cultura del miedo, una estructura impuesta basada en el poder, que caló en la conciencia colectiva durante casi cuatro décadas. Y esas huellas, como he repetido en diferentes ocasiones, no desaparecen con facilidad.

La Transición española permitió una apertura democrática, el reconocimiento de derechos y libertades, la legalización de partidos políticos, y la posibilidad —por primera vez en mucho tiempo— de elegir libremente a nuestros representantes, algo muy valioso si

tenemos en cuenta de dónde veníamos. Pero fue también un proceso pactado, condicionado enormemente por la necesidad de estabilidad y continuidad. La amenaza de otro enfrentamiento fratricida pesaba demasiado. Nadie quería otro 36.

Por eso, la Transición implicó también concesiones y silencios. Muchas heridas quedaron sin cerrar. Muchas muertes sin justicia. La memoria de la guerra fue, durante mucho tiempo, un terreno incómodo, casi un tema tabú. El pacto no fue sólo político, fue también un acuerdo implícito para mirar hacia adelante sin echar demasiado la vista atrás. Algo así como: «*Lo pasado, pasado está*».

A modo de cierre o conclusión, no se puede hablar de una ruptura absoluta, sino de una transformación progresiva y, en muchos aspectos, incompleta. El franquismo fue desmontado legalmente desde dentro, sí, pero su eco aún retumba en ciertos discursos, en determinadas posturas políticas, en monumentos que todavía no interpelan, y en símbolos que aún dividen.

España continúa siendo heredera de aquel pasado. Y ese legado, lejos de ser una carga inmutable, representa un reto colectivo. No se trata de vivir anclados en el pasado, sino de construir un presente que no repita sus errores. Porque solo una sociedad que conoce de dónde viene puede elegir con claridad hacia dónde quiere ir. El franquismo no desaparecerá del todo hasta que su recuerdo esté al servicio de la conciencia, y no de la nostalgia. Hasta que dejemos de justificar lo injustificable, y seamos capaces de mirar la historia con ojos críticos, empáticos y responsables.

El pasado no pasa cuando se calla. Solo pasa cuando se comprende.

Y esa es, quizás, la tarea más urgente de nuestro tiempo: seguir construyendo una democracia sólida e inclusiva, y con una sociedad, sobre todo, consciente de su historia.

Miguel Ángel Vertedor Alabarce



## Bibliografía

- ¿Una revolución invisible? El pensamiento liberal y la pintura española en el siglo XIX (2020) Luis Delgado Mata / Universidad de Málaga
- Los años del miedo (2008) Juan Eslava/ Editorial Booket
- El día del lobo (2024) Antonio Soler/ Editorial Planeta
- Considerando. Abandono y deshonor en la Pérdida de Málaga, 1937 (2021) Antonio Nadal / Ediciones Algorfa
- Los orígenes del totalitarismo (1951) Hannah Arendt
- Leviatán (1651) Thomas Hobbes
- La columna de la muerte (2004) Francisco Espinosa Maestre/ Editorial Crítica
- Archivo fotográfico La Cala del Moral (Málaga)
- La Desbandá. Un episodio oscuro de la historia española (2022) RTVE
- Así era la vida en la prisión franquista de mujeres de Málaga (2018) Diario SUR
- La Vanguardia (Imagen de Adolfo Suárez votando en 1977)
- Museo del Prado
- (FAM) Fotos Antiguas de Mallorca (1955)
- Valle de los Caídos/ RTVE (1952)
- Traslado de Franco/ EFE (1975)
- NO-DO (Noticiarios y Documentales del Régimen)
- Federico García Lorca: Frase «El más terrible de los sentimientos...» (atribuida, no verificada en obras publicadas).
- Rafael Mitjana: Frase «A la vista de este ejemplo...» (Monumento a Torrijos, Plaza de la Merced, Málaga)
- Pérez-Reverte: Mención a «la importancia de preguntar a los abuelos» (recogido en el Podcast «The Wild Project»)

# SEGUNDO PREMIO (EX AEQUO)

Olivia Bouzas Jiménez

Pedro Herranz Sánchez-Valdepeñas

IES Las Musas (Madrid)

## MAESTROS DE TRES ESPAÑAS: VOCACIÓN, REPRESIÓN E ILUSIÓN ENTRE LA REPÚBLICA, LA DICTADURA Y LA TRANSICIÓN

Han pasado 50 años desde la muerte de Francisco Franco y, con ella, medio siglo desde que el sistema educativo español comenzó a progresar hacia el pensamiento libre, la crítica y la diversidad, así como el desarrollo de una sociedad más justa donde primara la universalidad. Sin embargo, los silencios del pasado siguen presentes entre nosotros, a veces camuflados en los libros; otras, en la ausencia de preguntas. En las siguientes líneas, a partir del análisis de diversas fuentes y documentos, se buscará poner palabras a ese silencio, recuperando voces que lo vivieron y que, desde distintas etapas, nos ayudan a pensar qué significa educar en democracia.

A través de tres etapas consecutivas, la represión franquista, la transición hacia la democracia, y el sistema actual, fundamentado en la participación ciudadana y la libre expresión, abordamos cómo el sistema educativo ha reflejado los valores de cada época. Desde la biografía de Narciso Izquierdo, un maestro republicano fusilado por su compromiso con la educación libre, hasta el testimonio de una profesora que fue alumna durante el franquismo y que enseña hoy en libertad, construimos una memoria que no pretende ser solo un recuerdo, sino una llamada a la reflexión: ¿Qué hemos aprendido? ¿Qué hemos olvidado? ¿Y qué deberíamos enseñar hoy para que nunca más se repita la imposición del silencio?

«El primer material de enseñanza: el adecuado en todo caso, el que siempre está vivo, el que no se agota jamás, es la realidad misma».

Manuel Bartolomé Cossío, «Una Antología pedagógica»

Toda historia tiene un origen. Y en la historia de la educación democrática en España, ese origen es una pérdida, un intento de destruir el progreso, no hay más enseñanza que la realidad pasada. El fin de la Segunda República supuso también la caída de un modelo educativo que apostaba por el pensamiento libre, la igualdad de oportunidades y la formación de ciudadanos críticos. Con la llegada del franquismo, la escuela dejó de ser un espacio de aprendizaje para convertirse en un instrumento de obediencia y culto a lo impuesto.

Narciso Izquierdo Fernández, maestro republicano fusilado por el régimen, representa a tantos docentes que fueron silenciados por creer en una pedagogía comprometida con la libertad y la justicia social. Su biografía no es solo un testimonio personal, sino una forma de encarnar la violencia ideológica que se impuso durante la dictadura. A través de su vida y su muerte, comprendemos cómo el franquismo construyó una educación basada en el miedo, en la disciplina autoritaria y en la negación del pasado reciente, fruto de la ignorancia y, a su vez, del adoctrinamiento.

Esta etapa nos permite cuestionar lo siguiente: En primer lugar, ¿qué ocurre cuando la educación deja de formar personas y empieza a fabricar obediencia? Y, además, ¿qué perdemos como sociedad cuando matamos al maestro que nos enseña a pensar?

En los márgenes del mapa y del tiempo, donde la escuela era a menudo el único faro encendido en medio de la ignorancia y la pobreza, ser maestro rural era mucho más que una profesión; era una declaración de principios. La etapa inicial de esta investigación la representa Narciso Izquierdo Fernández, uno de esos maestros. Nacido el 1 de enero de 1907 en Badajoz, Extremadura, e hijo de trabajadores del campo, experimentó desde joven el valor del saber como herramienta de transformación social. Su vida transcurrió entre libros y pizarras, entre la enseñanza de las letras puras en un contexto rural, por lo que vivió la dura realidad de este complicado mundo del que era profesor, especialmente al ser de un pequeño pueblo del sureste de Madrid, Brea de Tajo, que actualmente cuenta con unos 600 habitantes, donde ejerció como docente y, más tarde, como alcalde, de marzo de 1936 a diciembre de 1937, seguramente por ser el único que sabía leer y escribir.

Casado por lo civil desde 1932 y padre de dos hijos, Narciso fue un hombre comprometido con sus ideales: socialista, afiliado a la Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (F.E.T.E), impulsor de la Casa del Pueblo de la localidad y partícipe activo en los movimientos sociales de su época. Fue detenido tras la Guerra Civil y acusado de múltiples delitos de carácter político e ideológico, en un contexto donde enseñar, pensar distinto o simplemente haber ostentado un cargo público podía equivaler a una sentencia de muerte.

El 27 de mayo de 1941, con apenas 34 años, fue fusilado en las tapias del Cementerio del Este de Madrid tras un Consejo de Guerra de dudosas garantías judiciales. Su cuerpo fue enterrado temporalmente en el cementerio de la Almudena y su memoria olvidada como sus restos en el osario donde definitivamente descansaría. Formó parte del ejército republicano en 1938. Fue encarcelado en Sevilla el 22 de junio de 1939 y, más adelante, el 27 de agosto fue ingresado en la prisión del Partido Judicial de Getafe.

Pero estos no son más que datos, números, fechas, palabras a priori sin importancia y sin ningún valor. Son tan solo palabras tras las que se esconde, no una, sino cientos, miles de vidas arrebatadas. Qué poca importancia tiene esto, ¿verdad? Fechas, cargos, sentencias. Un hombre que enseñaba en un pequeño pueblo, que leía con sus alumnos a la luz de una vela, que creía en la palabra como arma contra la ignorancia, reducido a una ficha carcelaria. Pero no eran cifras ni expedientes... Narciso era carne, era sueño, era palabra compartida en voz baja en una escuela de muros blancos y suelos de tierra, era esperanza escrita con tiza sobre una pizarra en ruinas. A Narciso no lo mataron por lo que hizo, sino por lo que representaba: una amenaza al silencio, al miedo, al sometimiento. Lo mataron por su compromiso con el pensamiento, con la escuela como refugio y herramienta para cambiar el mundo, por ver en la educación lo que Sócrates veía: un acto de liberación interior. Como decía Kant, «el ser humano no es nada más que lo que la educación hace de él». Y Narciso creía, como lo hacía la República, en una educación para la libertad, no para la obediencia.

A Narciso no lo mataron por empuñar un arma, ni por enriquecerse a costa del poder. Lo mataron por enseñar, por leer, por escribir, por pensar, por creer en un país más justo desde la palabra y la educación. Su historia exige ser recordada. En tiempos donde el olvido amenaza con borrar a quienes dieron su vida por instruir a otros, esta biografía se propone como un acto de memoria y de justicia, porque enseñar nunca debería costar la vida.

Cuando educar se convierte en un acto de rebeldía, los maestros se transforman en objetivos. Narciso Izquierdo Fernández, maestro rural, fue uno de tantos hombres perseguidos, no por crímenes de sangre,

sino por ideas, por enseñar a leer en un mundo que prefería el silencio, por transmitir pensamiento en una época en la que pensar podía costar la vida. Su labor como docente y su compromiso político y social lo convirtieron, a los ojos del régimen franquista, en alguien peligroso.

Las acusaciones que se presentaron en su contra tras el fin de la Guerra Civil española no se limitan a hechos concretos, sino que, en muchos casos, reflejan el temor de un sistema autoritario ante el poder transformador de la educación y la organización social. Bajo cargos que mezclaban lo político, lo religioso y lo moral, se construyó un relato que buscaba justificar lo injustificable; el fusilamiento de un maestro de 34 años, marido y padre, por haberse atrevido a enseñar, a organizar, a creer en un mundo más justo y equitativo

A continuación, se presenta el listado de los delitos que le fueron imputados, no como simple enumeración judicial, sino como testimonio de una época oscura en la que la enseñanza fue castigada con la muerte. Analizar estas acusaciones es, por tanto, una forma de confrontar la historia y entender hasta qué punto la represión persiguió incluso a quienes solo llevaban consigo libros y cuadernos.

Narciso Izquierdo Fernández fue acusado, a ojos del régimen, por:

1. Propagar ideas revolucionarias.
2. Insultar al ejército nacional y a personas del orden.
3. Ser fundador de la casa del Pueblo.
4. Pertenecer al Frente Popular antes del movimiento.
5. Hacer labor antirreligiosa y revolucionaria en la escuela.
6. Ser militante del Partido Comunista, dar mítines y asistir a reuniones con elementos marxistas, interviniendo en propaganda revolucionaria.
7. Ser alcalde durante toda la revolución roja.
8. Avisar a las milicias de Carabaña, aprovechando su puesto de Alcalde, para que viniesen a Brea de Tajo para asesinar a varios vecinos.

9. Utilizar su puesto de alcalde para ordenar la búsqueda de Isidro Moratilla, vecino del pueblo asesinado esa misma noche.
10. Denunciar al vecino Felipe López, que aquel día fue asesinado.
11. Prender fuego a las imágenes de la Iglesia.
12. Ser inductor de los asesinatos de una familia del pueblo y robar los objetos de su casa.
13. Ser inductor de todos los delitos cometidos en el pueblo.
14. Robar objetos personales del cura del pueblo, así como 2.500 pesetas.

Si no fuera tan trágico, resultaría grotesco. Las acusaciones presentadas contra Narciso parecen escritas por quien temía, no a un enemigo con fusil, sino a un maestro con cuaderno. ¿Prender fuego a imágenes religiosas? ¿Robar 2.500 pesetas al cura del pueblo? ¿Ser «inductor de todos los delitos cometidos»? Es el lenguaje del miedo disfrazado de justicia. El régimen no necesitaba pruebas, bastaba con castigos ejemplares. Narciso fue, como tantos otros, una advertencia con nombre y apellidos. El crimen real fue haber formado parte de un sueño republicano que apostó por el pensamiento libre, por la alfabetización de las clases humildes, por una escuela inclusiva. Fue la pedagogía, no el delito, lo que les resultaba imperdonable.

Eso le costó la vida a Narciso Izquierdo Fernández y el Consejo de Guerra que se celebró el 16 de abril de 1941 y que le impuso la condena:

*«Fallamos que debemos condenar y condenamos al procesado Narciso Izquierdo Fernández como autor de adhesión a la rebelión con circunstancias agravantes, a la pena de muerte y accesorias legales para caso de indulto»*

Que se cumpliría el martes 27 de mayo al cinco horas y treinta minutos, frente al piquete de la Policía Armada formado al efecto en las tapias del Cementerio del Este de Madrid.

El objetivo de mencionar a Narciso es el de presentar de manera simbólica, a través de su figura, a una generación de docentes (en Madrid cerca de 3.000, en toda España fueron alrededor de 60.000) que de una manera u otra creían en la educación como motor de

transformación social y que, por querer cambiar el mundo a través de una pizarra, únicamente por soñarlo, por intentar hacerlo, fueron silenciados con violencia, con la muerte, fusilados por un régimen cruel que poca importancia le daba al conocimiento allá donde existieran el adoctrinamiento y el dogmatismo o depurados administrativamente. La biografía de Narciso representa el exterminio de una pedagogía republicana, basada en el pensamiento crítico y la participación activa del alumno... Esta pedagogía republicana que representó Narciso tenía raíces profundas en la Institución Libre de Enseñanza (ILE), fundada en 1876 por Francisco Giner de los Ríos, que propugnaba la laicidad, la coeducación, la libertad de cátedra, el contacto directo con la naturaleza, el diálogo... En los años treinta, estas ideas encontraron cobijo en las políticas educativas de la Segunda República, que promovió la construcción de miles de escuelas, la formación continua del profesorado y una educación centrada en el alumno. Como defendía Giner, «Educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para las dificultades de la vida». Su nombre se une a una larga lista en la que podemos citar a Dióscuro Galindo y Antonio Benaiges en los primeros días de la sublevación y guerra o a Fermín Corredor, Sidonio Pintado, Román Aparicio, Manuel Alonso o Gerardo Muñoz.

Frente a esto, el franquismo impuso un modelo radicalmente opuesto. Basta leer un fragmento de un manual escolar franquista de 1940:

*«La mujer ha de ser sumisa, piadosa, buena madre y esposa. El varón manda, la mujer obedece».*

Otros textos de Historia aseguraban:

*«Franco salvó a España del comunismo, de la anarquía y de la destrucción de Dios».*

¿Y qué fue lo que tanto temían? Ciudadanos conscientes, críticos, despiertos. La escuela republicana era un laboratorio de libertad; la franquista, una fábrica de dogmas. La memoria de Narciso, que hemos logrado recuperar, es una llamada a la reflexión, para pensar cómo la represión no solo fue física, sino también ideológica, momento en que la educación pasó a ser un instrumento de control.

A continuación, se presentan las bases jurídicas de la represión de los maestros... El Decreto 66 del gobierno establecido en Burgos por los sublevados y la orden que lo desarrolla.

*«La atención que merecen los problemas de enseñanza, tan vitales para el progreso de los pueblos, quedaría esterilizada si previamente no se efectuase una labor depuradora en el personal que tiene a su cargo una misión tan importante como la pedagógica.*

*El hecho de que durante varias décadas el Magisterio en todos sus grados y cada vez con más raras excepciones haya estado influido y casi monopolizado por ideologías e instituciones disolventes, en abierta oposición con el genio y tradición nacional, hace preciso que en los solemnes momentos porque atravesamos se lleve a cabo una revisión total y profunda en el personal de Instrucción Pública, trámite previo a una reorganización radical y definitiva de la enseñanza, extirpando así de raíz esas falsas doctrinas que con sus apóstoles han sido los principales factores de la trágica situación a que fue llevada nuestra Patria. »*

Decreto 66 de la Junta de Defensa Nacional, 8 de noviembre de 1936

La diferencia entre los ideales que guiaron la República y el modelo que instauró el franquismo queda plasmada con claridad en el Decreto 66 de la Junta de Defensa Nacional (1936), en el que se afirmaba la necesidad de una «labor depuradora en el personal» docente, por haber estado, según el régimen, «influido por ideologías disolventes, en abierta oposición con el genio y la tradición nacional». Se llamaba «depuración», pero significaba expulsión, humillación, cárcel, fusilamiento.

Lo que el Decreto temía no era una ideología, sino una pedagogía: la de Giner de los Ríos y la ILE, que buscaba formar seres humanos completos y libres. Como escribió Giner,

*«El maestro no impone: sugiere; no ordena: inspira. No exige: educa».*

Esa es la «maldad» que el régimen franquista quería extirpar. Lo que quería evitar a toda costa era formar ciudadanos libres, capaces de cuestionar, de no aceptar sin más el yugo de una autoridad impuesta, porque un maestro que educa en libertad es un peligro para cualquier dictadura.

*«En la escuela tenemos entre nuestras manos a lo mejor que da la vida, a lo único que mantiene nuestras inquietudes y esperanzas, a unas generaciones que seguirán los caminos que nosotros queramos descubrirles, y cuya formación y porvenir depende del respeto con que nosotros los eduquemos»,*

*María Sánchez Arbós, Mi diario.*

Y así, sobre las cenizas de esta represión, comienza a dibujarse lentamente el mapa de la Transición. Una Transición que tampoco fue lineal ni ideal, como mostrará el testimonio de la maestra de Maribel López Mujeriego . Porque incluso décadas después, la sombra del Decreto 66 seguía proyectándose sobre las aulas.

Con el Decreto 66 resonando aún en los pasillos de las escuelas, con el «Cara al Sol» todavía presente en los oídos de quienes fueron alumnos en los años 60 y 70, llegamos al testimonio de Maribel, quien vivió su infancia bajo la última etapa del franquismo, y la adolescencia bajo la incipiente democracia. Su mirada nos permite comprender qué quedó de todo aquello, y qué nuevas luchas surgieron entonces. Porque si Narciso representa lo que se perdió, Maribel representa lo que aún costaba recuperar: una escuela verdaderamente libre, crítica y humana...

*«Un cambio que traería educación y cultura para todos. Ya se hablaba de Estado de bienestar... No solo cambiaba la situación política, ya de manera irrevocable, sino que habíamos cambiado los españoles, sin miedos, haciéndonos preguntas y obteniendo respuestas. En los colegios ya no había un pabellón para niñas y otro para*

*niños, se hablaba de igualdad... y se contaba la historia de España, enterita, con más o menos objetividad.»*

Maribel López-Mujeriego Ramos, profesora de Educación Infantil en el CEIP Mariano José de Larra .

La muerte de Franco en 1975 no trajo un cambio inmediato, pero sí marcó el inicio de una transformación silenciosa que, poco a poco, se fue filtrando también en las aulas. La Transición no fue solo política, sino cultural, educativa, emocional... Fue una época de tensiones entre lo antiguo y lo nuevo, de voces que empezaban a emerger después de décadas de represión, de profesores que tenían que reinventar su papel, y de alumnos que, por primera vez, comenzaban a escuchar palabras como democracia, libertad o participación, dejando atrás el adoctrinamiento, la manipulación y el dogmatismo.

La Transición española es recordada a menudo como un camino pacífico hacia la democracia, pero, para quienes la vivieron en primera persona, no siempre fue la travesía lineal que la propia palabra sugiere. La voz de Maribel, alumna durante los últimos años del franquismo y adolescente en los inicios democráticos, es el contraste entre la obediencia y la reflexión, la esperanza frente al miedo. Escuchar su testimonio es, también, preguntarnos cuánto de aquella herencia sigue presente hoy, y cómo se vivió realmente ese tránsito en el lugar donde se forma el pensamiento, la escuela.

Pero antes es necesario entender, ahora que ya conocemos la historia, todo lo que la Transición significaría en aquel momento: la legalización de partidos, libertades formales y la posterior Constitución de 1978, que reconocería a un rey como Jefe de Estado, ahora que aterraba la idea de continuar en una dictadura. También hemos de preguntarnos en qué medida este proceso de apertura del sistema educativo y de las libertades fue completo, si no hubo límites, silencios ni control... Pero esta etapa también dejaría mucho atrás, mucho olvido, prueba, de nuevo, de la necesidad de recordar la vida de Narciso y posteriores testimonios. Porque si bien la Constitución de 1978, en su artículo 27, consagró por fin el derecho a la libertad de enseñanza y el acceso a la educación, la realidad fue más ambigua: durante los primeros años del nuevo sistema democrático, siguieron vigentes estructuras heredadas

del franquismo, como la Ley General de Educación de 1970, que seguía configurando un modelo vertical, tecnocrático y, en muchos aspectos, autoritario. La Transición no supuso una ruptura radical, sino una convivencia, a veces incómoda, entre el pasado reciente y el futuro que se intentaba construir. Como recuerda Amnistía Internacional en diversos informes, o como señalan personalidades como José Antonio Martín Pallín, se trató de un proceso pactado, donde muchos silencios fueron necesarios para mantener la estabilidad. Y esos silencios incluyeron a quienes habían sido víctimas de la represión, como los maestros republicanos. Libros como *Las maestras de la República* de Elena Sánchez de Madariaga dan cuenta de cómo la restitución moral y profesional de estos docentes nunca llegó del todo. La alegría por el fin de la dictadura convivía con un olvido estructural: los verdugos nunca fueron juzgados, los nombres de los fusilados quedaron fuera de los libros, y muchos docentes, como Narciso, permanecieron en el anonimato, borrados por una historia oficial que prefería mirar hacia adelante sin ajustar cuentas con el pasado. Por eso, recuperar su figura hoy es hacer justicia, aunque tan solo sea un pequeño gesto que nada de lo ocurrido pueda ya evitar. Porque si el futuro se construye en la escuela, no podemos permitirnos olvidar quiénes fueron eliminados por intentar educar en libertad.

En este contexto, el testimonio de Maribel cobra un valor inmenso. Su mirada nos ayuda a entender el contraste entre dos mundos: el de la imposición, el sometimiento, la realidad del individuo subordinado al régimen y a los intereses del dictador; y el de la libertad y el libre albedrío, el de la abertura al conocimiento, al pensamiento propio y la emancipación.

*«Viví mi infancia con Franco, la adolescencia y juventud en la Transición, mi vida adulta en democracia.»*

Este recorrido vital resume la historia reciente de España: crecer bajo el yugo de una dictadura, educarse en un sistema diseñado para la obediencia y llegar, no sin heridas, a una democracia que aún estaba por inventarse. La escuela que vivió Maribel de niña estaba atravesada por la liturgia franquista:

*«Cada lunes se izaba la bandera, se cantaba el Cara al sol... era el único día de la semana en que nos juntaban niños y niñas.»*

La separación de sexos, la exaltación simbólica del régimen y el nacionalcatolicismo estaban incrustados en los rituales escolares. No solo se educaba para aprender, se educaba para obedecer. La escuela funcionaba como aparato de reproducción ideológica, donde el mensaje era claro: Franco había traído el orden y el bienestar, y cuestionarlo era impensable.

*«Franco nos había regalado lo que teníamos y había que ser agradecidos... había que rezar por él... Franco estaba ahí por la gracia de Dios.»*

En estas palabras se aprecia cómo el relato franquista construyó un imaginario infantil donde el dictador era protector y sagrado. Se rezaba por él, se creía en su poder como se cree en los dogmas religiosos. Todo estaba diseñado para que no surgiera la duda. Y, de hecho, cuando surgía, no encontraba respuestas:

*«Hacíamos preguntas, pero no eran contestadas...»*

Este silencio es clave, pues en el franquismo, la educación no se construía sobre la base del diálogo, sino de la imposición. La historia de España era una, única, incontestable, escrita por los vencedores. No se hablaba del golpe de Estado, ni de la República, ni de los crímenes del régimen. Se enseñaba a escribir con buena letra, a leer sin comprender, a coser, a rezar... pero no a pensar.

*«No se daba ninguna importancia a comprender un texto... no interesaba recibir más información.»*

Lo que no interesaba era la autonomía intelectual. El pensamiento crítico se consideraba peligroso. Se enseñaba lo mínimo necesario para cumplir con los deberes asignados por el régimen: ser obediente, callar, acatar. Pero en esa infancia feliz, porque los niños también son capaces de ser felices en la ignorancia, había ya una semilla de inquietud, de algo que no encajaba.

*«Cuando en las noticias se hablaba del estado de salud de Franco, yo tenía miedo. Miedo a lo que pudiera pasar, miedo a grises y azules, de los que hablaban en el colegio los profesores... Yo ya visualizaba una guerra civil.»*

La dictadura había dejado huellas en la sensibilidad emocional de los niños. El miedo a lo desconocido, a los «grises y azules» que nombraban los profesores, a las represalias... eran sensaciones difusas pero presentes. Y, sin embargo, cuando Franco murió, no hubo una ruptura, sino una continuidad extraña:

*«Nos dieron unos días de vacaciones... vi las colas de gente rezando ante su féretro... pensaba que todo seguiría igual y no había por qué temer...»*

Esa mezcla de respeto, incertidumbre y normalidad ilustra perfectamente la ambigüedad del inicio de la Transición. En la escuela aún no se hablaba claro pero, poco a poco, símbolos como el Cara al sol desaparecían, y la bandera cambiaba. Y aunque aún no se entendía del todo lo que ocurría, se intuía que algo estaba cambiando.

Pero la llegada al instituto fue distinta:

*«Juntos chicos y chicas... se intuían cambios... nos hablaban de democracia, de partidos políticos, de historia de España sin empeñarse en que era una, grande y libre.»*

*«Llegó el instituto y ya había un aire fresco. Los profesores nos hablaban de democracia, de cambio, de transición... de partidos políticos, de izquierda, de derecha, de una constitución...»*

Aquí comienza realmente la pedagogía de la libertad. Maribel recuerda cómo los profesores empezaron a enseñar desde el diálogo y la reflexión. La historia ya no era un monólogo, sino una conversación. Las aulas se convirtieron en espacios para pensar, para preguntar y para cuestionar y, por primera vez, los profesores también hacían preguntas a los alumnos, promoviendo una educación bidireccional y participativa.

*«Nos ayudaban a pensar, a filosofar, a ir tomando partido, sin miedo, libres.»*

Esta frase podría ser el manifiesto pedagógico de toda una generación. Es el punto de inflexión: pasar de ser educados en la obediencia a ser formados en la libertad. La universidad llegó después, con todo su simbolismo democrático.

*«Recuerdo mi primer mitin del PSOE... de verdad sentíamos que en España se iba a producir un cambio... era un ambiente de alegría, de mirar sin miedo al futuro.»*

La educación ya no era un instrumento de sumisión, sino una herramienta de transformación social. Se hablaba de Estado del bienestar, de igualdad, de educación para todos y todas. La escuela comenzaba a entenderse como lo que es: el motor que puede cambiar una sociedad.

*«Se entendía la educación como un bien, que favorece el progreso de la sociedad, la igualdad de oportunidades.»*

La llegada de gobiernos democráticos trajo consigo una fuerte esperanza en la educación como pilar del Estado de bienestar. La educación ya no sería un privilegio, sino un derecho. Atrás quedaban los colegios de élite, la segregación, los castigos físicos, los rezos obligatorios y el miedo. Entraban en escena conceptos como pensamiento crítico, educación integral, aprendizaje, igualdad de género... Una nueva forma de entender la educación se abría paso:

*«Ahora se habla de pensamiento crítico, de educación integral, de que el alumn@ sea agente de su propio aprendizaje.»*

Y, sin embargo, no todo es idealización. Maribel no olvida que la democracia educativa tiene aún sus deudas. Lamenta que nunca hayamos tenido una ley educativa verdaderamente consensuada y duradera, lo que evidencia que la educación sigue siendo un campo de disputa ideológica.

*«Es una manera de entender que la educación importa, vaya si importa, porque produce cambios y algunos, a estos, les tienen miedo...»*

Es fundamental quedarse con esta última idea: la educación produce cambios, y por eso genera miedo en quienes quieren preservar el statu quo. Por eso, aún hoy, hay que seguir luchando:

*«Habrá que seguir peleando para que la pública garantice la igualdad... sin olvidar nada de la pasada, conociéndola.»*

Ahora que ya conocemos el testimonio de Maribel, que hemos recorrido con ella ese trayecto del silencio impuesto a la palabra recuperada, comprendemos que la Transición no fue una línea recta ni una victoria inmediata, sino un proceso complejo, vivido también desde la escuela, donde «no se abrían aulas para adoctrinar, sino para ayudar a ser personas».

El testimonio de Maribel es una observación, una mirada hacia atrás, un viaje en el tiempo... Y en esa observación hay esperanza, pero también decepción, «pena» por lo que no fue y por lo que aún no es. Porque si algo aprendimos es que «la educación importa, vaya si importa», y por eso, precisamente por eso, ha sido y sigue siendo campo de disputa, reflejo de los miedos de quienes no desean que se cuestione el orden establecido. Lo que Maribel nos dice, desde su experiencia docente y vital, es que aunque hemos avanzado, «tampoco la educación pública ha tenido, ni tiene, toda la inversión que necesita», y mientras tanto, «sigue ahí la escuela concertada, que segrega, que no favorece la igualdad de acceso».

El cambio no vino de golpe, ni fue uniforme, ni está terminado. Pero algo sí cambió: «ya no hay un pabellón para niñas y otro para niños», ya no se enseña a escribir con buena letra sin entender lo que se escribe, ya no se temen las preguntas. Ahora «se habla de igualdad, de competencias, de observación, de experimentación», y aunque «no hemos tenido una ley de educación que haya perdurado en el tiempo, y con el consenso de todos los partidos», hay una conciencia firme de que la educación es el motor, la clave y el inicio del cambio.

Maribel habla de una educación que forme «cabezas bien hechas y no bien llenas», una escuela que permita «que cada alumñ@ aprenda a ser la mejor versión de sí mism@», donde se pueda «escribir la historia, sin olvidar nada de la pasada, conociéndola».

Su voz es la de quien no olvida, la de quien fue niña educada para obedecer y se convirtió en mujer comprometida con enseñar a pensar. Su mirada sobre la Transición es más que un recuerdo, es un aviso, una lección. Porque educar, como ella dice, es también atreverse a mirar al pasado sin miedo, para construir un futuro donde «no hay marcha atrás».

*«La educación es un bien para la sociedad y habrá que seguir peleando para que la pública garantice la igualdad, que en ella cada alumñ@ aprenda a ser la mejor versión de sí mism@, contando con la inversión que la garantice para que cada un@ escriba su historia, sin olvidar nada de la pasada, conociéndola y, sin olvidar el pasado, comprender y mirar hacia adelante.»*

Llegamos al presente con una pregunta que atraviesa todo este trabajo: ¿hemos aprendido a recordar? Vivimos en una democracia consolidada, con un sistema educativo basado en derechos y libertades, pero también con silencios y resistencias a la hora de mirar hacia atrás. La memoria democrática sigue siendo una asignatura pendiente en muchos centros educativos, y la historia reciente, en ocasiones, se trata con distancia o ambigüedad.

*«La risa de los niños es la alegría de la vida, la alegría de la vida de todos los que quieran comprenderla y participar de ella ¡si los maestros supiésemos reír a coro con los niños, riendo de verdad, tomando una parte de esa alegría ...»*

Oposiciones a dirección de graduada, Manuel Alonso  
Zapata, 20 de febrero de 1933 Maestro fusilado  
extrajudicialmente en Ávila el 5 de agosto de 1936

En esta última etapa, nos situamos en la actualidad para reflexionar sobre cómo se aborda el pasado en la escuela pública de hoy. Lo hacemos a través de la mirada de Lucía

América de Vayas Caballero, una profesora comprometida con la memoria histórica, exploramos los desafíos que enfrenta la educación contemporánea: formar ciudadanos críticos y construir una cultura democrática que se alimente del recuerdo y no del olvido. Comenzamos la entrevista tras ver en las noticias una foto de los actos conmemorativos de la liberación de Mauthausen, el campo donde fueron asesinados entre 4.000 a 5.000 españoles. El rey de España parece encabezar una concentración con banderas republicanas y nos parece algo contradictorio. Pero hace 80 años esos hechos fueron reales, como en 1941 cuando fue fusilado Narciso.

Ante el inicio de la entrevista nos mostramos curiosos, agradecidos y emocionados. Nos presentamos como unos alumnos a los que hace poco nos enseñaba en clase y le preguntamos, como testigo de los cambios sociales habidos en España, cómo definiría su visión personal de la democracia o qué elementos considera esenciales para que una sociedad sea verdaderamente democrática. La respuesta de Lucía nos da confianza, se siente agradecida por la interpelación y se muestra claramente comprometida con la vida política:

*«Considero la democracia como aquel sistema político cuyo poder reside en el pueblo. Pero para que esta afirmación sea cierta debería existir: la justicia social, es decir un reparto equitativo de los bienes, así como de acceso; la equidad, es decir «de cada cual, según su capacidad, a cada cual según su necesidad» como decía Marx; y la libertad, tanto de pensamiento como de expresión y acción. Desgraciadamente, esto no existe en su totalidad, pues vivimos en un sistema en el que los privilegios están en manos de unos pocos y en detrimento de otros. Y la clase social, la nacionalidad o el género siguen provocando desigualdad, lo que genera una sociedad injusta en la que no todos/as podemos acceder a los mismos recursos: económicos, educativos o asistenciales, ni tenemos las mismas posibilidades de acceso a la formación e información, además de la censura evidente de los medios de comunicación, en*

*manos de grandes empresas cuyos intereses no siempre son los mismos que los del pueblo.»*

Iniciada ya la entrevista nos sentimos expectantes. Le indicamos cómo hemos descubierto en la figura del maestro o la maestra republicana un ideal pedagógico comprometido con la justicia social, la igualdad y la transformación de la sociedad a través del conocimiento. Esperamos que nos muestre qué ha aprendido de ese legado, qué valores o prácticas le han influido de esa generación de educadores que soñaron con una escuela pública, laica, inclusiva y moderna. Y escuchamos un claro canto de agradecimiento en sus palabras, aunque «es difícil concretar todo lo que nos enseñaron, pero podemos destacar su ilusión y compromiso con el Sistema Educativo, la esperanza en que otra escuela es posible, la solidaridad que mostraron entre ellos/as, la capacidad crítica y reflexiva». Y continúa con un claro mensaje hablando de «la formación en otras corrientes pedagógicas como la Escuela Nueva, el Krausismo, la metodología basada en Freinet, etc., la valentía de luchar por lo que una cree, la importancia de hacer llegar la cultura y la formación a las personas más desfavorecidas, cuyo ejemplo son las misiones pedagógicas...»

La conversación llega a un momento en el que nos sentimos de alguna manera claramente identificados y escuchamos de una forma empática. Hablamos de la situación histórica durante el franquismo en la que cientos de maestros y maestras fueron represaliados, depurados o directamente asesinados por defender una educación libre y crítica. Sin embargo, esta represión ha sido históricamente silenciada y poco visibilizada en los relatos oficiales. Queremos saber si Lucía tenía conocimiento de estas historias y de una forma apasionada nos responde de manera rotunda:

*«Sí, comencé leyendo libros sobre mujeres en la cárcel de Ventas, de ahí pasé a leer libros de maestros y maestras republicanos, y muchos fueron fusilados y también represaliados o depurados. Algunos de ellos son: Antonio Benaiges, Ángel Llorca, Justa Freire, María Zambrano, Rosa Sensat, María Luisa Navarro, María Sánchez Arbós, Marta Mata... Pero no solo los maestros, también sufrieron*

*esta represión escritores y escritoras, pintores y pintoras, cineastas, etc.»*

Consigue captar nuestra atención, porque en otras conversaciones no lo hemos sentido así, y nos sentimos implicados para poder preguntarle si siente que estos maestros y maestras republicanos/as tienen una presencia, aunque sea simbólica, en su labor docente y de qué manera influyen sus ideales y su compromiso ético en su forma de entender y ejercer la enseñanza. Y Lucía claramente convencida y, creemos que inspirada, nos dice que «de ellos y ellas aprendió los principios básicos de una escuela libre, laica y democrática». Nos hace ver que sus principios son la libertad, tanto en la enseñanza como en el aprendizaje, la ciencia como base, el aprendizaje en la naturaleza, la cooperación, la coeducación, la laicidad, el juego como medio de aprendizaje y la importancia de la observación y experimentación, y nos recuerdan tanto lo que hemos leído e investigado sobre la Institución Libre de Enseñanza y Giner de los Ríos.

Y no hace falta que nos reclame atención porque ya a tiene. Y cada vez más estamos interesados en ese pasado. Ahora queremos mirar el franquismo como el régimen autoritario que impuso una moral, una educación y una cultura oficial. Queremos que nos defina qué valores lo definían, y cuáles desde su perspectiva, han cambiado con la democracia actual. Concisa y firma nos responde:

*«Los valores que defendían el régimen franquista eran la obediencia, la disciplina, el adoctrinamiento y el autoritarismo, frente al pensamiento crítico y científico, la democracia y la libertad actual.»*

Y la curiosidad nos lleva a indagar en su formación y experiencia personal. Nos atrevemos a preguntar sobre sus conocimientos sobre la Segunda República, sobre si ha tenido acceso a fuentes, testimonios o documentos que te permitan tener una visión clara de ese periodo histórico. Y entre la nostálgica y la reivindicación comparte que «tiene algún conocimiento porque sus abuelos eran comunistas y anarquistas, y en su casa siempre le hablaron de la II República, en el instituto también, aunque me hubiese gustado que le enseñaran más mujeres, escritoras, filósofas o pintoras de aquella época. Ahora sabe

que las había, pero en mis libros de texto no aparecían. Después de estudiar en el instituto comencé a leer muchos libros de la II República y, después, de maestros y maestras republicanos.». Y sale su vena reivindicativa:

*«Cuando comencé como maestra me hice socia de Acción Educativa, Movimiento de Renovación Pedagógica, que aboga por mejorar la escuela pública buscando un modelo más justo y democrático, en base a los principios de la Escuela Nueva y de la República. Allí conocí la Fundación Ángel Llorca, sus proyectos y a Justa Freire. Con ellos seguí aprendiendo sobre la educación promovida por la II República y todo lo que nos queda por recuperar.»*

Como alumnos y testigos del sistema educativo actual nos acercamos a una conclusión sobre la situación actual. Olivia Bouzas, una de las autoras de este trabajo, lo vive en primera línea (procede de una familia de tradición docente) y con un claro compromiso quiso comprender desde la mirada de una maestra como Lucía, cuáles eran las diferencias más significativas entre la educación que se impartía en tiempos del franquismo y la que se promueve en una democracia. En ese momento Lucía se muestra claramente esperanzada por los cambios, al responder:

*«Hay muchas, entre ellas están la enseñanza religiosa obligatoria frente a la libertad de elección actual; las clases masificadas de 40 niños/as, ahora la ratio está en 20, sigue siendo una ratio elevada, pero es la mitad; la escuela memorística, conductista y repetitiva frente a las metodologías activas, constructivistas y participativas, aunque no pasa en todos los centros, ni en todas las aulas; no era universal y gratuita, los niños de pueblo como mi padre tenían que trabajar e ir a la escuela por la noche, muchos la abandonaban y esa lucha contra el analfabetismo de la República se perdió en el franquismo, pero actualmente el índice de escolarización es casi del cien por cien. Otro tema es la tasa de abandono: las escuelas separadas por sexos, con asignaturas diferentes;*

*las niñas tenían la asignatura de labor, donde aprendían a cocinar, bordar, coser e incluso limpiar, algo de que los niños no aprendían; y, afortunadamente, hoy las clases son mixtas y universales; el castigo físico y la humillación como método de intimidación para obtener buenos resultados. Hoy en día esto no podría ocurrir. Afortunadamente, los menores tienen derechos y tienen que ser respetados, y el centro de la metodología actual son los alumnos y sus aprendizajes.»*

Y terminando la entrevista, Pedro Herranz, reflexivo ante los datos recibidos y comprometido con esa labor aprendida, invitó a Lucía a reflexionar sobre cómo entiende la vida en la democrática de hoy, en comparación con lo que representó la Segunda República en su momento. Quiso saber qué pilares consideraba que definían la vida republicana —en cuanto a valores, derechos, educación, participación ciudadana— y cuáles diría que son los pilares actuales. Y sobre todo qué habíamos ganado, qué habíamos perdido, y qué caminos aún nos quedan por recorrer.

De manera crítica, Lucía, responde con una exclamación que nos sorprende, pero inmediatamente responde casi como si lo hubiera vivido:

*«Uy ¡qué difícil! La II República se basó en 3 pilares fundamentales:*

- La regulación de propiedad privada y la reforma agraria, como medio de justicia social.*
- Los derechos sociales, como garantía para los más desfavorecidos.*
- La educación como medio de emancipación personal y de formación para una nueva sociedad.»*

Pero, tras una pausa, de una forma melancólica nos dice

*«nuestra sociedad actual ha conseguido alcanzar algunos derechos fundamentales, pero sigue siendo una sociedad de clases, muy desigual y que no garantiza los derechos por igual. Nuestra educación es universal, pública y*

gratuita, pero todavía no es laica, compensadora e inclusiva. Hemos tenido varias leyes educativas bienintencionadas pero cuya puesta en práctica no ha sido real y por ello seguimos teniendo un Sistema Educativo débil, puesto que cambian las leyes con cada cambio de gobierno y sin llegar a establecerse, sin la formación adecuada para los maestros y maestras y profesores y profesoras, y además con una carga burocrática importante que no deja tiempo para autoformarse. Esto lleva a encontrarse clases que siguen siendo memorísticas, conductistas y donde el aprendizaje es pasivo y otras que son activas, constructivistas y reflexivas, gracias a la libertad que hoy sí se tiene a la hora de enseñar. Creo que hoy tenemos más recursos, pero menos ganas, nos falta el ímpetu de esa educación republicana, la conciencia social y política y una Junta de Ampliación de Estudios».

Aunque también nos deja un claro mensaje para la esperanza, basado en la memoria y el pasado:

La escuela de la República era el pilar para promover una educación libre, democrática, laica, basada en la investigación, la educación científica y artística que promoviera una sociedad libre justa y formada. No obstante, estos esfuerzos fueron silenciándose con el ruido de los fusiles, ocultándose con la luz de las bombas, esclavizándose tras los barrotes o depuraciones y enterrándose en fosos y cunetas. Después se hizo el silencio frente a la palabra, el rumor frente a la certeza y así crecieron varias generaciones hasta que la educación volvió a entenderse como motor de cambio. Sin embargo, todavía hoy, no hemos conseguido incluir en la escuela una cultura crítica, reflexiva y científica necesaria para salvar vidas, para parar los bulos, para valorar la ciencia y señalar la manipulación.

Escuchar y debatir con Lucía es comprobar que el legado de aquellos maestros y maestras sigue presente en muchas aulas. Enseñar no consiste meramente en transmitir conocimientos, sino en defender valores, mover conciencias y despertar la crítica. Por eso, tiene sentido volver al artículo 27 de la Constitución de 1978, dado que en él se

consagra, no aún sin camino por recorrer para lograrlo completamente, una educación al servicio de la libertad, la igualdad y el desarrollo personal, principios que solo pueden cumplirse si también educamos desde el recuerdo.

*«Todos tienen el derecho a la educación. Se reconoce la libertad de enseñanza. La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana en el respeto a los principios democráticos de convivencia y a los derechos y libertades fundamentales.»*

En él se recupera, aunque de forma aún incompleta, el espíritu de una escuela pública, libre y democrática, tal como soñaron muchos maestros y maestras de la Segunda República. Esos mismos docentes que fueron perseguidos, depurados o fusilados por el franquismo por defender una educación basada en el pensamiento crítico, la igualdad y la justicia.

*«Allí el maestro un día soñaba un nuevo florecer de España.»*

*A don Francisco Giner de los Ríos, Baeza, 21 de febrero de 1915, Antonio Machado*

La memoria no es más que una forma de construir el presente y la educación, en cada momento histórico, ha sido mucho más que un aula, ha sido una frontera entre lo permitido y lo soñado, entre lo impuesto y lo elegido.

Hoy, cincuenta años después, nos preguntamos no solo qué enseñamos, sino para qué enseñamos. Y quizás, entre las voces silenciadas del franquismo y las que hoy aún buscan su lugar en la historia, podamos encontrar una respuesta compartida. Y quizá esa respuesta sea que educar es recordar para no repetir.

Este recorrido por tres momentos distintos de nuestra historia educativa no es solo una reconstrucción cronológica, sino un intento por comprender cómo la figura del maestro ha sido, y sigue siendo, un pilar fundamental en la transformación social. Narciso Izquierdo Fernández, representa una generación de docentes que fueron

perseguidos y fusilados no por enseñar mal, sino por atreverse a enseñar con libertad. Narciso representa esa primera etapa donde la educación se convirtió en una amenaza para el poder, y el conocimiento, en un acto de resistencia. Su vida marcada por la represión franquista nos recuerda que hubo un tiempo en que educar era un acto revolucionario y ser maestro, un delito imperdonable.

La voz de una antigua alumna del franquismo, formada en la Transición y convertida en docente durante la Democracia, nos traslada a una segunda etapa marcada por cierta autocensura, la obediencia impuesta y una educación al servicio del poder. Su experiencia escolar estuvo basada en la rigidez y el autoritarismo. No se fomentaba el pensamiento crítico, ni la reflexión, ni mucho menos la libre expresión. Se enseñaba a obedecer, a memorizar, a no cuestionar. Sin embargo, en su decisión de convertirse en maestra ya adulta se percibe un gesto de recuperación, una forma de reconciliarse con lo que no le fue dado, la posibilidad de educar desde la libertad que ella no tuvo al aprender.

Finalmente, la mirada de una docente de la democracia actual nos sitúa en un presente donde la libertad es un derecho reconocido, aunque no exento de nuevos desafíos. La memoria, el pensamiento crítico y la formación en valores democráticos son ahora parte del horizonte educativo, pero también una responsabilidad ética: la de no olvidar de dónde venimos, ni a quiénes se lo debemos.

Estas tres voces, distintas, construyen una narrativa de lucha y esperanza. A través de ellas entendemos que la educación no es solo un proceso de enseñanza-aprendizaje, sino un acto profundamente humano.

Y al final de este viaje a través de la memoria democrática, cuando se apagan las luces y el aula queda en silencio, queda también suspendido en el aire el nombre de Narciso, y con él, el de tantos otros que fueron castigados, silenciados, borrados, simplemente por enseñar. Maestros y maestras que creyeron en la educación como una forma de libertad para lograr hacer un mundo mejor, sin someter. Maestros que no murieron por lo que hicieron mal, sino por lo que hicieron bien. Y hay nombres, como el suyo, que no deben caer en el olvido. Por eso, prestar atención a la siguiente canción es una forma

de nombrar lo que tantos intentaron callar. Porque todavía duele, y nunca dejará de doler.

A Narciso y los maestros represaliados por la dictadura.

A todos los que quisieron, y no les dejaron.

*«Déjame que recuerde esa historia que pasó hace ya  
mucho tiempo*

*Déjame que les quite esta losa que tapó con su peso de  
silencio*

*Déjame que las riegue de lágrimas para borrarles el miedo*

*Déjame que las riegue de rabia por imaginar aquello*

*Déjame que en estas líneas escritas regrese a los  
maestros*

*Que dieron su vida y su sangre por dar al pueblo  
conocimiento*

*De nada sirvieron sus gritos de angustia antes del  
fusilamiento*

*Iglesia y caciques, misas y Estado los prefieren  
analfabetos»*

*«Los Maestros» Barricada, contenido en el álbum  
«La Tierra está Sorda», 2009*

## Bibliografía

- Galán, Juan Eslava, «Los años del miedo: La nueva España (1939–1952)». Barcelona: Círculo de Lectores, 2008.
- Iglesias, María Antonia «Maestros de la República. Los otros santos, los otros mártires», Madrid: La esfera de los libros, 2006
- Sánchez de Madariaga, Elena (ed.), «Las maestras de la República», Madrid, Catarata, 2012 VV. AA. «La dictadura franquista I» (La mirada del tiempo, nº 5). Madrid: El País, 2006.
- VV. AA. «La Segunda República española» (La mirada del tiempo, nº 2). Madrid: El País, 2006.
- Decreto 66 de la Junta de Defensa Nacional
- Constitución Española de 1978 – Boletín Oficial del Estado (BOE)
- Fuentes primarias:
- Archivo Militar Histórico de Defensa (AMHD): Consejos de Guerra de Narciso Izquierdo
- Fernández
- Archivo General de Administración (AGA): Expediente de depuración de Narcos Izquierdo Fernández
- Testimonio de Maribel López Mujeriego
- Entrevista a Lucia América de Vayas Caballero

# **SEGUNDO PREMIO (EX AEQUO)**

Ana Belén Vicente Balsas

CEA Mar Menor (Torre-Pacheco, Murcia)



## INTRODUCCIÓN

Este relato nace de una urgencia silenciosa: la de mirar la salud mental como un derecho humano, no como un estigma ni una carga individual. En un tiempo donde educar también significa aprender a sentir, a escuchar lo que se calla y a reconocer la dignidad de cada ser humano más allá de su diagnóstico, es urgente repensar cómo ejercemos la democracia en el ámbito más íntimo y olvidado: la mente.

Porque la democracia no solo se vota, se vive, se respira, se construye cada día en las escuelas, en los centros de salud, en las cárceles, en los hogares donde alguien llora sin poder explicar por qué. Este relato es un viaje a través de voces reales y simbólicas que han experimentado en carne propia lo que sucede cuando la democracia no alcanza a protegernos del sufrimiento psicológico... y lo que puede cambiar cuando sí lo hace.

## Capítulo 1 «LAS VOCES»

Nací un invierno de los años grises, en un barrio sin nombre, bajo un techo con goteras y gritos. Mi madre me trajo al mundo entre contracciones y amenazas; mi padre gritaba que no necesitaba más bocas inútiles en casa. No hubo beso de bienvenida ni canciones de cuna. Solo silencio, frío y miedo.

Desde pequeña aprendí que el llanto era peligroso. Las paredes escuchaban, y los vecinos también. En aquel país, donde los periódicos mentían y las religiones adoctrinaban, una niña como yo, nacida de padres rotos y sin dinero, no tenía más destino que el olvido.

Mi madre desapareció una noche. Se dice que intentó escapar, que habló demasiado alto en una fila del pan. Nunca volví a verla. Mi padre, cada vez más borracho y violento, me llamaba «la loca». Decía que hablaba sola, que me inventaba amigos. A veces lo hacía. Era la única forma de sentir algo parecido a ternura.

Tenía ocho años cuando una trabajadora social del régimen vino a casa. No preguntó nada. Solo me miró, tomó notas, y al día siguiente me llevaron. Me dijeron que era por mi bien. Que necesitaba ayuda. Me encerraron en un hospital psiquiátrico estatal, de muros grises y olor a lejía. Me asignaron una cama con sábanas ásperas y un número: 47-B. Nadie volvió a llamarme por mi nombre.

Allí comenzó mi otra vida: la vida sin tiempo, sin preguntas, sin voz. No importaba si soñaba o si lloraba. Las inyecciones me hacían dormir durante días. Cada pensamiento fuera de lo permitido era una enfermedad. Cada intento de expresión, una amenaza. Yo no sabía qué era la democracia, pero conocí la dictadura desde la cuna. Y dolía. Dolía como un grito que nunca nadie escucha.

El hospital era un lugar sin estaciones. No sabías si era primavera o invierno, solo que los días eran largos y el tiempo no existía. Nos despertaban con una sirena y nos dormían con pastillas. No había abrazos, ni palabras suaves. Las auxiliares llevaban bata blanca, pero su mirada era oscura. El silencio era la regla. Y quien hablaba demasiado... recibía una dosis mayor.

Yo aprendí a callar. Aprendí a fingir que estaba mejor, que no veía cosas, que no escuchaba voces. Pero dentro de mí, algo no se apagaba. Había una llama, pequeña, obstinada, que me hablaba cada noche en susurros. Me decía: «Esto no es normal. Esto no es justo.»

Conocí a Ángela a los once años. Tenía quince y había intentado huir tres veces. Le decían rebelde, enferma, peligrosa. Para mí, era libertad con piernas. Ángela hablaba bajito en las noches, contándome cuentos que no estaban en los libros del hospital. Me hablaba de un lugar llamado democracia. Decía que existían países donde la gente podía elegir a sus líderes, donde nadie era encerrado por pensar diferente, donde las palabras no eran pecado.

Yo la escuchaba como quien escucha hablar del mar por primera vez. Me costaba creer que eso fuera real. Pero algo en su voz me hacía imaginarlo. Y por primera vez... deseé vivir.

Un día, Ángela ya no estuvo. Se la llevaron tras escribir en la pared del baño: «No estamos locas. Estamos vivas.» Nadie volvió a hablar de ella. Pero yo sí lo hice, dentro de mí, como un mantra. Y empecé a escribir, en pedacitos de papel higiénico escondidos bajo el colchón. Escribía sobre mi madre, sobre el frío, sobre Ángela. Escribía lo que no me dejaban decir.

Hasta que llegó el ruido. El verdadero.

Una mañana, los altavoces del hospital no emitieron órdenes. En su lugar, una voz distinta, temblorosa pero clara, anunció que el gobierno había caído. Que la dictadura había terminado. Que había una nueva esperanza.

No entendí qué significaba del todo. Pero vi algo que jamás había visto: las enfermeras lloraban. Y no era por miedo. Era por alivio.

Días después, llegaron personas nuevas. Hablaban de justicia, de revisión de casos, de libertad. Por primera vez, alguien me preguntó mi nombre. Y me escuchó. Lloré sin parar. Nadie me medicó por eso.

Salí del hospital a los trece años. Me sentí extraña bajo el sol. El aire era diferente. Había palabras nuevas flotando en la calle: «amnistía»,

«reparación», «derechos». No sabía exactamente qué significaban, pero sentía que eran mías. Como si la vida me diera por fin un sitio.

Me entregaron una bolsa con mis pocas pertenencias: una bufanda vieja, una foto doblada de mi madre, y un cuaderno en blanco. «Para escribir lo nuevo», dijo una voluntaria. No entendía cómo se empieza desde cero cuando toda tu vida ha sido encierro.

Las calles eran demasiado ruidosas. Las personas hablaban fuerte, se abrazaban, reían, protestaban. Yo caminaba por la acera como quien pisa hielo delgado.

Afuera no había barrotes... pero en mi cabeza aún quedaban muchos.

Y entonces, volvieron ellas. Las voces.

No eran alucinaciones. Eran memorias que hablaban. Fragmentos de un pasado que se negaba a desaparecer.

«No sirves para nada.»

Era mi padre, sus palabras resonaban en mi cabeza como piedras. Me paralizaba en mitad de la calle cuando lo escuchaba.

«Está delirando otra vez, aumenten la dosis.»

Era el jefe del pabellón, su voz aún me recorría la espalda como un látigo invisible.

«No estamos locas. Estamos vivas.»

Esa era Ángela. Siempre Ángela. Su voz no dolía. Su voz me empujaba.

Empecé a escribir lo que decían. En el cuaderno nuevo, lleno de páginas vírgenes, dibujé mis voces como personajes. Les puse nombre. Les di forma. Comprendí que no eran enemigas. Eran partes de mí que nunca fueron escuchadas.

Una de ellas, la más callada, era la niña. Me decía en sueños:

«Acuérdate de mí. No me dejes allí sola.»

## **Capítulo 2. «HERIDAS INVISIBLES» Lo vi por primera vez en un instituto.**

Era un chaval flaco, con los hombros hundidos y la mirada llena de sombras.

No hablaba casi nunca.

Hasta que hablaba.

Y cuando lo hacía, era como una explosión: insultos, gritos, pupitres al suelo.

Los profesores lo evitaban.

Algunos le tenían miedo.

Yo lo observaba en silencio.

Había algo en su rabia que me resultaba familiar.

Era la rabia de no ser comprendido.

La rabia de haber sido ignorado tantas veces, que solo quedaba gritar para existir.

Un día entró en el aula y rompió un cristal con el puño.

Lo expulsaron una semana.

Pero nadie preguntó qué había detrás de ese golpe.

Cuando hablé con él, me lo dijo casi susurrando:

«Yo no soy así. Pero no sé cómo parar lo que siento.»

Era un niño con heridas invisibles.

Y el sistema sólo veía el daño, no la causa.

No lo escuchaban.

Lo clasificaban.

Lo apartaban.

En otro lugar, en un centro de acogida para mujeres, conocí a Rosa.

Tenía el cuerpo tenso, el alma fragmentada.

Sus silencios hablaban más que sus palabras.

Una noche me contó su historia.

Había huido con sus dos hijas, dejando atrás años de abuso psicológico.

Pero también dejó atrás a su pareja, un hombre que, según ella, era un monstruo.

Las autoridades le creyeron.

A él no.

Hasta que un juez revisó todo el caso y descubrió las incoherencias.

Pero ya era tarde.

A él le habían robado años de contacto con sus hijas.

Solo podía verlas en un centro vigilado, donde cada abrazo tenía reloj.

Donde cada palabra estaba grabada.

Su dolor también era real.

Y también estaba silenciado.

¿Quién escucha a los hombres rotos?

¿Quién se atreve a decir que la verdad no tiene género?

Rosa y él eran parte del mismo espejo roto:

Uno en el que los fragmentos reflejan el dolor de todos.

No importa si eres mujer, hombre, niño o anciano.

Cuando el sistema no ve, no escucha y no transforma, todos sangramos.

## INTERLUDIO – AGRESIÓN

«Me mandaron fuera del aula por pegarle a un compañero. Nadie me preguntó por qué lo hice. Solo me castigaron.»

«Mi mujer me acusó y me quitaron a mis hijos. La justicia creyó sus lágrimas. A mí me creyeron culpable por ser hombre.»

«En la residencia, una interna gritaba cada noche. Decían que era agresiva. Yo descubrí que lloraba por su hijo muerto.»

No es una cuestión de buena o mala voluntad, sino de herramientas, formación y un paradigma que aún no ha evolucionado.

Los profesionales no fallan; es el modelo el que necesita abrir los ojos. No les enseñan a observar más allá del síntoma.

Les enseñan a controlar.

A cumplir normas.

A aislar lo que no se entiende.

Y no se trata de señalar culpables, sino de transformar un sistema que también los agota a ellos.

He visto docentes llorar en secreto porque no saben cómo actuar.

He visto psicólogos marcharse agotados, sin saber cómo ayudar.

Y he visto pacientes convertidos en cifras, informes y cargas administrativas.

Nos hace falta una revolución de mirada.

Una educación emocional que forme a los que atienden.

Una democracia en salud mental, donde escuchar sea el primer tratamiento.

Y que no se trate a las personas como un caso, sino como una historia.

### Capítulo 3 «EL DELITO»

Nunca olvidaré su mirada.

Era un hombre grande, con manos temblorosas y ojos perdidos.

Llevaba seis años en prisión por una agresión que no recordaba haber cometido.

No porque mintiera.

Sino porque su mente se había roto tiempo antes.

Le diagnosticaron esquizofrenia paranoide.

Lo medicaron.

Lo encerraron.

Lo dejaron solo.

«Aquí dentro, el castigo no es la celda», me dijo una vez.

«Es que nadie crea que yo también tengo un alma.»

Lo visité durante meses.

No porque fuera parte de mi trabajo, sino porque sentí que lo necesitaba.

Y porque yo también necesitaba escuchar su historia.

Para comprender algo que la sociedad entierra tras muros:

la salud mental como cárcel sin barrotes visibles.

Los funcionarios lo trataban como un loco peligroso.

Algunos ni lo miraban.

Otros se burlaban de su forma de hablar.

Él me hablaba de voces.

De visiones.

De símbolos que le indicaban cómo debía actuar.

Pero un día, entre sus palabras desordenadas, emergió una lucidez que me dejó sin aliento:

«Creo que los que están fuera también oyen voces.

Pero se las callan para encajar.

Yo no pude. Por eso terminé aquí.»

Esa frase fue como un disparo a mi conciencia.

¿Cuántos han sido encerrados por no saber silenciar su dolor?

¿Cuántos más viven afuera, con traje y corbata, presos de pensamientos que no se atreven a nombrar?

## **INTERLUDIO – ENCARCELAMIENTO**

«Me gritan que soy un peligro. Pero yo solo pido ayuda.»

«En la cárcel aprendí a fingir que estaba bien para que me soltaran. Fingir es la verdadera condena.»

«Nadie escucha a los locos. Ni cuando tienen razón.»

En ese centro penitenciario no había psicólogos suficientes.

El psiquiatra pasaba una vez por semana.

Los internos que más necesitaban acompañamiento emocional eran los más aislados.

Y a los profesionales, ¿quién los escuchaba?

Una trabajadora social me confesó entre lágrimas que no sabía cómo seguir.

Que cada vez eran más.

Y los recursos, menos.

La salud mental sigue siendo tratada como un problema individual.

Como si doler por dentro fuera un fallo personal, y no el síntoma de una sociedad que nos exige sobrevivir sin aprender a sentir.

En esa cárcel aprendí que una democracia que no atiende el sufrimiento mental se convierte en dictadura emocional.

Y que cada persona olvidada es un espejo de lo que todos evitamos ver.

Salí de esa cárcel con el cuerpo tenso y el alma abierta y me paré a pensar en lo que la ciencia llama enfermedad y en lo que a veces también es una forma de expresión radical.

¿Y si muchas de esas mentes fueran mensajeras de verdades que aún no sabemos descifrar?

¿Y si la salud mental necesitara una revolución radical?

Una en donde la mente no sea una prisión sino un espacio de evolución, de humanidad, de cambio social.

## CAPÍTULO 4 «SIN IDENTIDAD»

No recuerdo el nombre de mi nieto. Sé que lo amo. Sé que me hace sonreír cuando entra por la puerta, cuando me abraza con ese olor a colonia suave y libros escolares. Pero su nombre... se me escapa. Como se escapan tantas otras cosas últimamente.

Antes podía recordar hasta los colores del vestido que usé en mi boda. Ahora no recuerdo si desayuné esta mañana.

A veces me miro al espejo y no sé quién está al otro lado. Me asusta. Y entonces me enojo. Grito. Me cierro. Y los demás creen que es porque no quiero cooperar. Pero no es eso. Es que estoy perdida. Sin mapas. Sin faros.

No soy tonta. No soy una carga. Soy alguien que grita desde una desorientación mental. Alguien que aún tiene destellos de lucidez, como pequeñas luces de una farola vieja. Y cuando esa luz se enciende, sufro. Porque soy consciente de todo lo que estoy perdiendo.

Me gustaría que me hablaran como a una adulta. No con ese tono que se usa con los niños. Que no escondan la verdad en palabras suaves. Que me miren y me vean, aunque esté desapareciendo.

La dictadura es esta niebla que se impone dentro de mí. La democracia, en cambio, es cuando alguien se sienta a mi lado, me toma la mano, y decide no irse aunque no le diga ni una palabra coherente.

Yo desperté con medio cuerpo dormido y el alma aterrada.

El ictus me partió en dos. Una parte seguía viva, la otra no respondía. Los médicos dijeron que tuve suerte. ¿Suerte? ¿Estar atrapado en un cuerpo que no responde a tu voluntad es suerte?

Los primeros días lloraba en silencio. Odiaba pedir ayuda para ir al baño, para vestirme, para todo. Odiaba depender. Pero más odiaba esa mirada que me lanzaban los demás... esa mezcla de compasión, incomodidad y distancia.

Con el tiempo empecé a recuperar cosas. El movimiento en los dedos. La capacidad de pronunciar mi nombre. Pero lo que más costó recuperar fue la fe en mí. Porque nadie te dice que también hay que rehabilitar el alma.

El verdadero muro no estaba en el hospital, sino en la forma en que el sistema me empujaba a adaptarme sin darme espacio para llorar mi antigua vida.

Y sin embargo, estoy aquí. Viva. Fragmentada, pero viva. Y cada día, con cada logro minúsculo —abotonarme una camisa, escribir mi nombre sin temblar— me reconstruyo.

La dictadura fue esa voz interna que me decía «eres una inútil». La democracia llegó con la terapeuta que me dijo: «Tienes derecho a tu tiempo. Y a tu dignidad, en cada paso.»

## **INTERLUDIO: PERDIDA DE CONCIENCIA**

¿Cuántas veces confundimos el cuerpo con la persona?

¿Cuántos diagnósticos se centran solo en la medicación, en etiquetas... sin escuchar y observar más allá de lo que vemos a simple vista?

En el silencio de estas historias hay gritos de una sociedad que no sabe acompañar sin controlar. Que no sabe sanar sin imponer. La salud mental —como el alma misma— no puede dirigirse con manuales fríos ni rutinas clínicas vacías de humanidad.

Una sociedad que silencia, ignora o margina a quienes han perdido algo de su identidad —ya sea por una enfermedad neurológica, un trauma, o un accidente— se convierte en una dictadura de la eficiencia.

Pero cuando abrimos espacios para el relato, el arte, el acompañamiento real... entonces se hace democracia. Una democracia íntima, interna, radicalmente humana.

## CAPITULO 5: DEPRESIÓN Y ANSIEDAD

Hay días en que la vida no se cae,

pero uno no puede sostenerla.

Días en los que el aire está ahí, pero respirar duele.

En los que todo parece igual,

pero algo dentro se ha roto en silencio.

La ansiedad corre sin dirección, como si el cuerpo supiera de un peligro

que la mente no alcanza a nombrar.

La depresión, en cambio, se sienta,

nos abraza por la espalda y susurra que no hay salida, que estamos solos, que ya no tiene sentido intentar.

Pero estas voces no son el enemigo.

Son llamadas, puertas, preguntas sin respuesta aún.

Y si el mundo supiera escucharlas...

Si los sistemas dejaran de medicar solo el síntoma

y empezaran a mirar el origen, veríamos que detrás de cada crisis hay una oportunidad para nacer de nuevo.

Este capítulo no habla solo de enfermedad.

Habla de humanidad.

De una urgencia invisible.

De una sociedad que necesita recuperar su equilibrio

antes de que el alma colectiva también enferme.

«Cuando el cuerpo sigue vivo, pero la vida se esconde en la sombra.»

Hay días en los que me visto sin saber por qué.

Días en los que me peino como si fuera a salir, aunque no haya a dónde ir.

Días en los que el alma se me arruga en el pecho como una sábana olvidada bajo la lluvia.

No sé en qué momento dejé de reír de verdad.

Tampoco recuerdo la última vez que abracé a alguien sin tener que forzar la respiración.

Todo es como estar bajo el agua, pero sin el consuelo del silencio. Aquí hay ruido. Un ruido constante.

Un murmullo que dice: no sirves, no importas, no vas a salir de esta.

Me dicen que lo que tengo se llama depresión.

Yo lo llamo «la desaparición».

Porque un día estás, y al siguiente, ya no te reconoces.

Te mueves, caminas, respondes mensajes. Pero estás hueca.

Como una cáscara con nombre.

No es tristeza. Ojalá lo fuera.

La tristeza al menos te conecta con algo.

Esto es más parecido a un olvido de uno mismo.

Una especie de exilio interno donde hasta la esperanza tiene miedo de entrar.

La dictadura es esa voz que se ha instalado en mi cabeza y me dicta lo que valgo cada día. La democracia es cuando alguien se sienta a mi lado, no juzga, y me permite no estar bien.

Vivo en alerta.

Mi cuerpo es un radar.

Mis pensamientos, perros hambrientos corriendo en círculos.

No puedo parar.

No sé cómo.

Me despierto antes de que suene el despertador.

Con el corazón como un tambor que anticipa el desastre.

Y sin embargo... no hay guerra. Solo yo. Y el miedo. Y esa sensación de que algo va a ir mal.

Aunque no sepa qué.

Me dicen que lo que tengo se llama ansiedad.

Pero para mí, es como vivir en una casa con las alarmas encendidas todo el tiempo.

Todo vibra. Todo duele. Todo pesa.

Y nadie lo nota.

Sonrío. Trabajo. Cumpló.

Y por dentro, me desmorono.

Pero es un desmoronamiento ordenado, elegante. Nadie sospecha.

Y eso lo hace más cruel.

Quiero que el mundo se detenga solo un momento.

Que el aire no me queme al entrar.

Que mis pensamientos se calmen sin tener que medicarlos.

Que alguien me abrace sin prisa, sin querer arreglarme.

La dictadura es este cuerpo que me exige sin parar. La democracia, cuando puedo llorar sin pedir permiso.

## **INTERLUDIO: EL ALMA ROTA**

Nos enseñaron a hablar de diagnósticos, no de dolores.

A tomar pastillas, pero no a nombrar lo que sentimos.

A medir la productividad, no el cansancio del alma.

¿Dónde queda la persona detrás del trastorno?

¿Dónde se esconde la historia que nunca se contó, la herida que no sale en las radiografías?

Depresión y ansiedad no son debilidades.

Son llamadas de auxilio.

Son cuerpos que piden descanso.

Son almas que están cansadas de fingir.

La dictadura es la prisa, la exigencia, el tener que estar bien para los demás.

La democracia es el espacio seguro donde alguien pueda decir: «Hoy no puedo», y aun así ser abrazado.

## **CIERRE: HACIA UNA CONCIENCIA MAYOR**

No podemos seguir mirando los síntomas como si fueran enemigos.

No podemos seguir silenciando el grito invisible de quienes caminan entre nosotros con el alma hecha trizas.

No podemos seguir delegando en medicamentos lo que pide comprensión, escucha y transformación.

Cada episodio de ansiedad es un mensaje.

Cada silencio depresivo, una historia no contada.

Cada brote psicótico, un espejo roto que aún guarda reflejos de verdad.

La salud mental no es solo una especialidad médica.

Es el reflejo de cómo vivimos.

De cómo nos relacionamos.

De cómo cuidamos —o descuidamos— la humanidad que compartimos.

Es urgente cambiar el paradigma.

Pasar del juicio a la comprensión.

De la contención a la prevención.

De la psiquiatría solitaria a equipos integrados donde la ciencia, el alma y la conciencia trabajen juntas.

Necesitamos invertir, investigar, reinventar.

No solo más recursos, sino nuevas miradas.

No solo más centros, sino más escucha.

No solo profesionales formados en protocolos, sino personas capaces de ver lo que hay detrás del síntoma:

La historia, el trauma, la necesidad.

Solo así podremos dejar atrás esta dictadura silenciosa del sufrimiento negado.

Solo así construiremos una verdadera democracia emocional,

Una sociedad en la que sanar no sea un privilegio, sino un derecho.

Y entonces, quizás, el alma ya no tendrá que gritar desde la enfermedad para ser escuchada.

### **NOTA FINAL DE LA PROTAGONISTA:**

«No fue el diagnóstico lo que me quebró, fue el silencio que vino después.

La manera en que nadie supo preguntar qué me dolía, como si no pudiera dolerme algo que no se ve.

Hoy, desde este lugar de reconstrucción, Sé que sanar no es volver a lo que fui, sino convertirme en quien vine a ser.

Y para eso, necesitamos dejar de mirar el alma como si no tuviera ciencia, y a la ciencia como si no tuviera alma.»

# CREACIÓN PLÁSTICA

# **PRIMER PREMIO**

María Bonfante Cueto

Darío González Bendala

Erika García Ailincal

IES Diego Rodríguez de Estrada (San Juan del Puerto, Huelva)



Imagen 11 Obra «Manuela» realizada por Eva María Bonfante Cueto, Darío González Bendala y Erika García



Imagen 12 Obra «Manuela» realizada por Eva María Bonfante Cueto, Darío González Bendala y Erika García Ailincái



La postura autárquica durante los primeros años de la dictadura española llevó al país a un estado generalizado de hambruna en el que el control estatal de la producción, los precios y el comercio se materializaron en las conocidas como «cartillas de racionamiento». En este sentido, hemos querido reflejar esta situación en nuestra creación plástica modelando las extremidades derechas más delgadas que las de la fracción izquierda.



Si enfocamos la mano derecha, podemos observar una pulsera en forma de cadena que es una réplica exacta de las cadenas que custodian la antigua cárcel provincial de Huelva, declarada Lugar de Memoria Histórica debido a que, durante la dictadura española, se convirtió en un centro de internamiento para homosexuales y personas transgénero, quienes eran castigados al amparo de la Ley de Vagos y Maleantes. Igualmente, hemos querido insertar en la misma un candado en forma de corazón para enfatizar la imposibilidad de amar libremente durante este periodo.

Finalmente, remata la mano un retrato del joven Manuel José García Caparrós, asesinado el 4 de diciembre de 1977 durante la manifestación por la autonomía andaluza en Málaga, presuntamente por un miembro de la Policía Militar de Orden Público (PMOP), «los grises», una unidad policial creada durante la dictadura para mantener el orden público y reprimir las manifestaciones, protestas y cualquier tipo de oposición política al régimen.

Para representar el paso de la dictadura a la democracia, hemos querido que la mediatriz de nuestra creación esté compuesta por las letras de las canciones más representativas de la Transición. Así, encontramos cantos como «Libertad sin ira» de Jarcha, grupo musical de nuestra tierra onubense, «Al alba» de Luis Eduardo Aute, «Canto a la libertad» de Labordeta o «Qué volen aquesta gent?» de Maria del Mar Bonet, entre otras.

Continuando con el margen izquierdo, la creación se llena de color para representar la llegada de la democracia. De ahí que hayamos querido vestir nuestra obra con un vestido de gitana, traje tradicional de nuestra región conocido popularmente también como «traje de faralaes» en alusión a la alegría y la festividad. Su color, al igual que el de los complementos, es el rojo ya que este color se asocia tradicionalmente con una visión progresista o transformadora de la democracia, centrada en la igualdad social y económica.



Rematando la cabeza observamos tres claveles confeccionados con papel de seda con los colores republicanos como símbolo de la actual libertad ideológica y del sistema político que existía antes de la guerra civil española. Por su parte, el mantoncillo que envuelve el tren superior cuenta con flecos verdes y blancos, colores de la bandera andaluza. Con ello queremos recordar que durante la dictadura se eliminaron los derechos autonómicos y se promovió el centralismo y nacionalismo, pero, tras la misma, varias voces en la región comenzaron a exigir una autonomía para Andalucía, similar a la que ya se estaba logrando en otras regiones como Cataluña o el País Vasco, y que acabaría materializada con el referéndum autonómico del 28 de febrero de 1980.



Sobre el mantoncillo, pegado a la línea de simetría, cuelga un broche en forma de corazón que lleva insertado un icono feminista debido a que durante el inicio de la Transición, el feminismo salió a la luz pública y se convirtió en un actor relevante en la lucha por los derechos civiles y sociales. De esta forma, el feminismo contribuyó de forma activa a la consolidación de la democracia en España, exigiendo que la nueva democracia incluyera la igualdad real entre hombres y mujeres.

Prosiguiendo con el tren inferior, el traje de gitana cuenta con dos volantes. El primero de ellos está confeccionado con sobres en representación al sufragio universal, uno de los pilares de los sistemas democráticos. En este caso, para dar continuidad a la gama cromática de la obra, hemos optado por sobres de color salmón, habitualmente empleados en las elecciones generales españolas para votar al Senado, órgano que ejerce poder legislativo en la Nación.

Por su parte, el segundo volante se dispone a ras de suelo y está confeccionado con artículos de la Constitución Española de 1978, como base de nuestra democracia. Igualmente, para articular visualmente la obra, hemos teñido con



café dicho volante para obtener color sepia representando al mismo tiempo la expresión «café para todos», referida a la descentralización territorial y atribuida a Manuel Clavero Arévalo, ex ministro de Regiones de la Transición democrática.

Dirigiendo nuestra mirada a la mano izquierda, vemos que sostiene un abanico con los colores de la bandera LGBTQ+, máxima expresión de la libertad y diversidad afectivo-sexual, y las uñas están decoradas con el «Guernica» puesto que Pablo Picasso comenzó a pintar esta muestra de libertad artística un 26 de abril, mismo día en el que nuestro equipo inició esta creación plástica.



Por último y, aunque se encuentra oculta en las entrañas de la obra, hemos insertado a modo de cápsula del tiempo, la frase «Quien no conoce su historia está condenado a repetirla» como mensaje para las futuras generaciones cuya misión es preservar y fortalecer siempre nuestra democracia.

Para conocer más detalles sobre la obra y todo su proceso de creación, escanee el código QR o bien pulse sobre el enlace.



<https://drive.google.com/file/d/1lyNXDKdDR3B3WH8P2mBwpWWmrYt8eauX/view?usp=sharing>

# **SEGUNDO PREMIO**

Gloria Torres Hidalgo

Colegio San Bartolomé (Málaga)

# DEJAR LA PUERTA ABIERTA

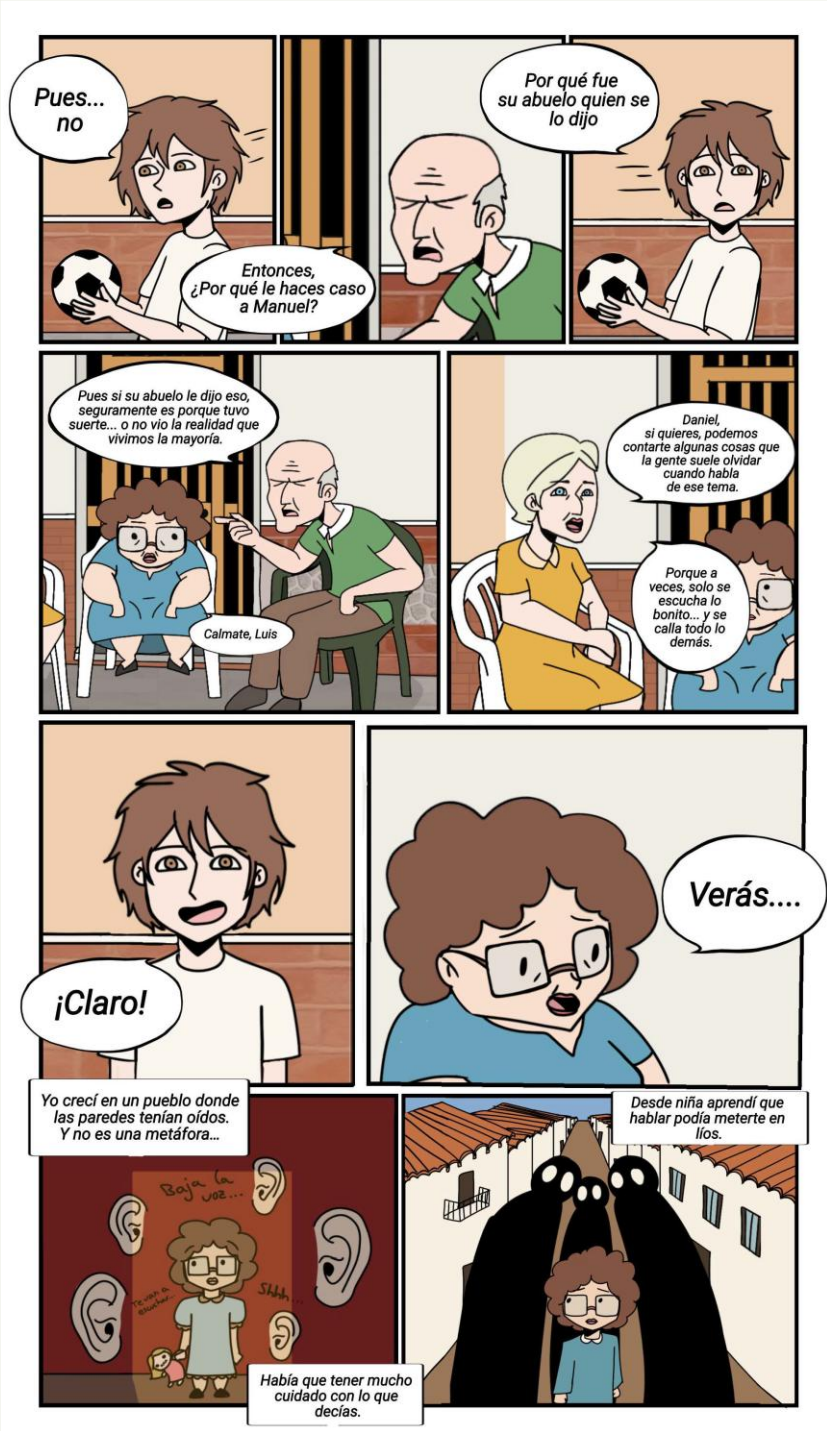


Carmen, 93 años



Margarita, 91 años

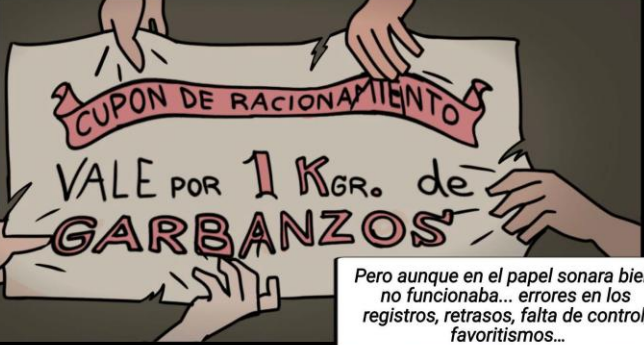








Nos daban unos cupones para cambiar por comida: pan duro, garbanzos, patatas, un poco de azúcar, aceite si había suerte...



Pero aunque en el papel sonara bien, no funcionaba... errores en los registros, retrasos, falta de control, favoritismos...

Aún recuerdo estar todo el día con mi hermano en la fila del carbón.



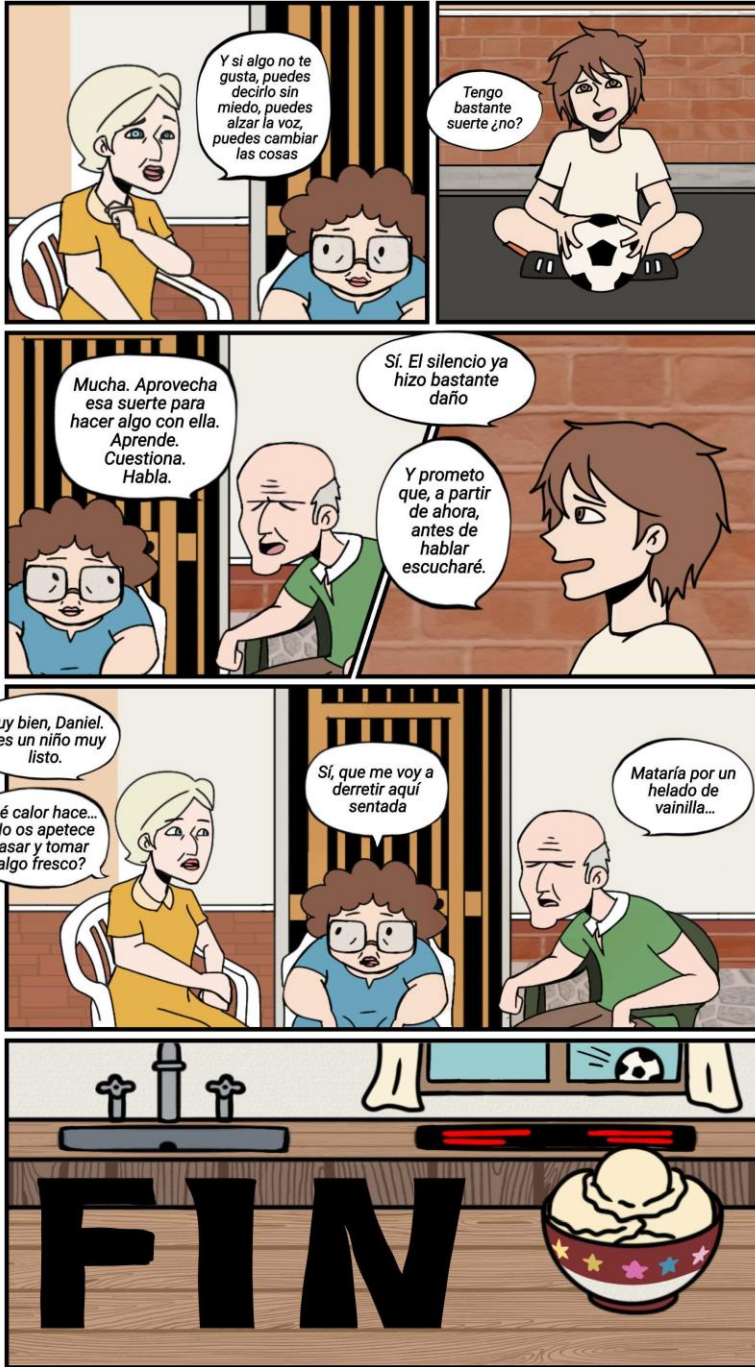
Sin duda lo peor era cuando después de horas interminables de hacer cola, se acababa el carbón justo cuando llegaba tu turno

Te volvías con las manos vacías y con el frío en el cuerpo









**VIDEOJUEGO**

# **PRIMER PREMIO**

Alba Rodríguez Valdés

IES Ramón y Cajal (Valladolid)



[Acceso al videojuego 🎮](#)

# CREACIÓN AUDIOVISUAL

# PRIMER PREMIO

David Gómez Díez

IES Ramón y Cajal (Valladolid)



[Acceso al vídeo](#) 

# SEGUNDO PREMIO

Jara Martínez Gutiérrez

Daniel Villagómez López

IES Miguel Catalán (Coslada, Madrid)

**Petra: "la alcaldesa invisible"**

La democracia también es recuperar la memoria que nos pertenece.



Realizado por Jara Martínez y Daniel Villagómez. Alumnos de 2 BACH del Miguel Catalan

[Acceso al vídeo](#) 

